

Sé realista, nunca vas a hacerte rico

Quizá el mayor éxito de la guerra contra el terrorismo haya sido su habilidad para distraer la atención del país entero de la contienda que las grandes empresas mantienen contra todos nosotros. Tras los ataques del 11 de septiembre de hace dos años, las grandes compañías de EE.UU. reaccionaron como un boxeador grogui, lanzando furibundos golpes a diestra y siniestra hasta dejar a millones de norteamericanos sin ahorros, sin pensiones y con pocas o ninguna esperanza de un futuro mejor para ellos y para sus familias. Los bandidos de las grandes finanzas y sus cómplices en el gobierno han tratado de echarle la culpa de la ruina económica a la que ellos nos han llevado a los terroristas, a Clinton y hasta a nosotros mismos, la gente de la calle.

Pero, en realidad, la destrucción total de nuestro futuro económico se basa exclusivamente en la avaricia de los «muyahidines» de las sociedades anónimas.

La toma del poder ha tenido lugar delante de nuestras propias narices. Se nos ha obligado a tomar algunas poderosísimas drogas para que no demos problemas, mientras esta banda de consejeros delegados sin ley nos asalta. Una de estas drogas es el miedo y la otra es conocida como Horatio Alger.

La droga del miedo funciona así: se nos dice repetidas veces que gente malvada y espeluznante va a matarnos y que debemos confiar absolutamente en los directores de las grandes empresas, que ya se encargarán de protegernos. Ellos saben lo que es mejor y no hay que ponerlos en cuestión nunca, aunque nos pidan que corramos con los gastos de un recorte fiscal que les beneficia a ellos, o si deciden cortar de un tajo los subsidios por enfermedad o subir el precio de la vivienda. Y si no cierras la boca, te conformas y trabajas como un mulo, te despiden. Trata entonces de encontrar un nuevo puesto de trabajo con esta situación, economía infeliz.

La otra droga es más dulce. Nos la recetan de niños en forma de cuento de hadas, ¡pero un cuento de hadas que puede hacerse realidad! Se trata del mito creado por Horatio Alger. Alger fue uno de los escritores norteamericanos más populares de finales del siglo XIX. Sus historias presentaban personajes de ambientes empobrecidos que, echándole agallas, determinación y trabajo duro, eran capaces de alcanzar grandes éxitos en esta tierra de oportunidades sin límite. El mensaje era que cualquiera podía triunfar en EE.UU. y triunfar a lo grande.

En este país somos adictos a este mito feliz de que se puede pasar de la pobreza a la riqueza. En otras democracias industrializadas, la gente se siente satisfecha con ganar lo suficiente para pagar las facturas y mantener a sus familias. Son pocos los que tienen un deseo criminal por hacerse ricos. La mayoría vive con los pies en el suelo, donde son solo unos pocos, siempre otros, los que se hacen ricos, así que más vale irse acostumbrando.

Eso sí, los ricos en esos países tienen mucho cuidado de no tensar demasiado la cuerda y a los avaros hijos de puta, que también los hay, se les somete a algunas restricciones. En el sector industrial, por ejemplo, las mayores diferencias en Europa se dan en el Reino Unido, donde los consejeros delegados británicos ganan 24 veces más que el promedio de sus trabajadores. Los consejeros

delegados alemanes y los suecos ganan, respectivamente, «solo» 15 y 13 veces más que sus empleados. En cambio, aquí, en EE.UU., el consejero delegado

promedio gana 411 veces el salario de sus trabajadores. Los europeos adinerados pagan hasta un 65% en impuestos y saben muy bien que no les conviene quejarse demasiado por ello o el pueblo les podría complicar las cosas aún más.

En EE.UU. tenemos miedo de ponerlos en su sitio. Odiarnos mandar a nuestros altos ejecutivos a la cárcel cuando se saltan la ley. Siempre estamos dispuestos a rebajarles los impuestos, aunque los nuestros suban. No queremos hacer nada que quizá pueda perjudicarnos el día que acabemos por ser millonarios nosotros también. Esta idea resulta tan creíble porque la hemos visto hacerse realidad. En cada comunidad hay al menos una persona que va por ahí pavoneándose y recordándonos a todos que sí, que es posible pasar de la pobreza a la riqueza. El mensaje que se nos lanza no tiene nada de sutil: «¿te das cuenta? ¡Yo lo conseguí! ¡Tú también puedes hacerlo!»

Fue este mito tan seductor el que llevó a millones de trabajadores a invertir en bolsa durante los 90. Habían sido testigos de cómo los ricos habían ganado muchísimo dinero en los 80 y pensaron, «hombre, esto también me podría pasar a mí».

La gente con dinero hizo todo lo que pudo por potenciar esta actitud. Hay que tener en cuenta que en los años 80 solo un 20% de estadounidenses poseía acciones. Wall Street era el juego que solo los ricos podían permitirse y estaba muy por encima de las posibilidades del ciudadano medio.

Hacia finales de los años 80, sin embargo, los ricos parecían no tener bastante con los beneficios extraordinarios que habían conseguido hasta entonces y no acababan de encontrar la manera de que el mercado continuara creciendo.

No sé si fue la genial idea de un corredor de bolsa en una reunión creativa o la sigilosa conspiración de todos los ricachones juntos, pero el caso es que el juego dio comienzo. «¿Oye, y si convencemos a la clase media para que nos dé su dinero y nos hacemos aún más ricos?».

De repente, era como si todo el mundo que yo conocía se hubiese subido al carro de la bolsa. Dejaban que sus sindicatos invirtieran todo el dinero de sus pensiones en acciones. Una y otra vez aparecían noticias en los medios de comunicación de gente trabajadora normal y corriente que se habían hecho prácticamente millonarios y podían permitirse dejar sus empleos. Era como una fiebre que estaba afectando a todo el mundo. Había currantes que corrían a canjear los cheques de las nóminas y llamaban a sus *brokers* para que comprasen más acciones. ¡Sus *brokers*!

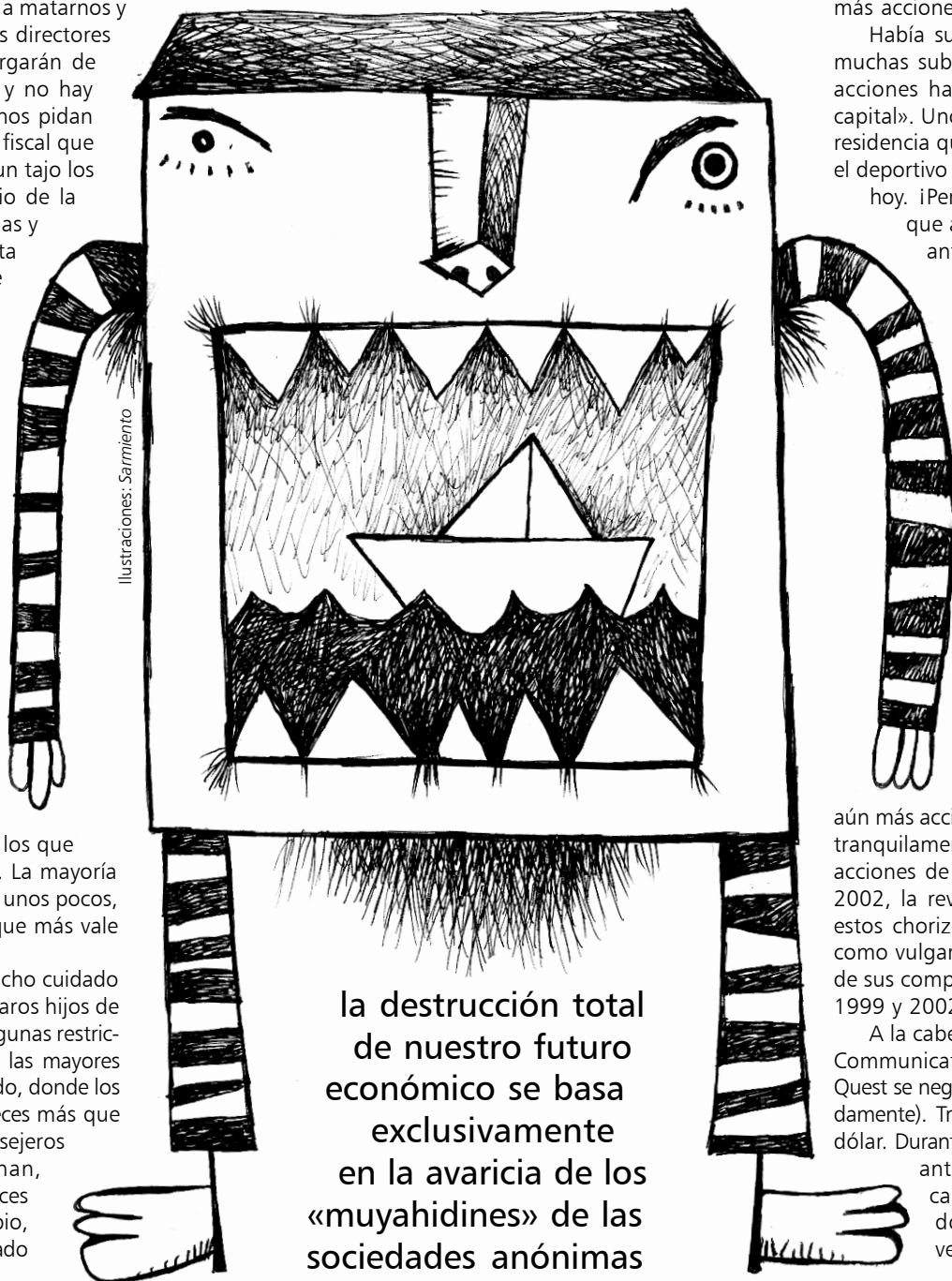
Había subidas y bajadas, pero la mayoría eran subidas, muchas subidas. Y te podías oír a ti mismo diciendo, «mis acciones han subido un 120%» o «He triplicado todo mi capital». Uno aliviaba el dolor de la vida diaria imaginando la residencia que tendría algún día cuando dejara de trabajar, o el deportivo que se podría comprar mañana si quisiera vender hoy. ¡Pero no, no vendas! ¡Va a seguir subiendo! ¡Hay que aguantar el tirón! Y uno se frotaba las manos en anticipación de la buena vida que le esperaba.

Pero todo era una farsa, tío. Una treta tramada por los poderes empresariales, sea eso lo que quiera que sea, que nunca tuviera ninguna intención de permitirte la entrada en su club. Tan solo necesitaban tu dinero para poder así pasar al nivel siguiente, el nivel que les liberaba para siempre de la obligación de volver a tener que trabajar de verdad para ganarse la vida.

Sabían que el gran auge repentino de los 90 no podía durar, así que necesitaban tu dinero para inflar artificialmente el valor de sus compañías y que sus acciones alcanzasen un precio tan desorbitado que, a la hora de vender, pudieran retirarse de por vida, sin importar lo mal que la situación económica llegara a ponerse.

Y eso es lo que pasó. Al mismo tiempo que el «pringao» promedio estaba escuchando a todos los fanfarrones diciéndole en la cadena de televisión por cable CNBC que debería comprar aún más acciones, los absolutamente ricos se estaban saliendo tranquilamente del mercado, vendiendo en primer lugar las acciones de sus propias compañías. En septiembre del año 2002, la revista *Fortune* publicaba una lista asombrosa de estos chorizos empresariales que se habían dado a la fuga como vulgares bandidos mientras los precios de las acciones de sus compañías habían caído un 75% o más entre los años 1999 y 2002.

A la cabeza de la lista de estos malhechores estaba Quest Communications. En su momento máximo, las acciones de Quest se negociaban a casi 40 dólares (unos 35 euros aproximadamente). Tres años después las mismas acciones valían un dólar. Durante ese período, el director de Quest, Phil Anschutz, su antiguo consejero delegado Joe Nacchio y los otros cargos directivos se largaron con 2 260 millones de dólares, mediante el sencillo procedimiento de venderlo todo antes de que el precio tocara fondo.



la destrucción total
de nuestro futuro
económico se basa
exclusivamente
en la avaricia de los
«muyahidines» de las
sociedades anónimas

Mientras tanto, el inversor medio, fiándose de los consejos nefastos que le daban, seguía aguantando. Y el mercado bajaba y bajaba y seguía bajando. Más de cuatro billones de dólares se perdieron en la bolsa. Otro billón de dólares en fondos de pensiones y en ayudas para ir a la universidad también se esfumó.

Y, ahora, esta es mi pregunta: ¿cómo es posible que, después de desplumar al pueblo estadounidense y romper el sueño americano de la mayoría de los trabajadores, en lugar de arrastrarlos, descuartizarlos y colgarlos al amanecer a las puertas de la ciudad, el Congreso les haya premiado con un gesto de amor en forma de un respiro fiscal récord, y nadie diga nada? ¿Cómo es eso posible?

Creo que se debe a que todavía somos adictos a la droga del cuento de Horatio Alger. A pesar de todo el daño causado y de todas las pruebas en contra, el estadounidense medio todavía sigue queriéndose agarrar a la fantasía de que quizá, a lo mejor, él o ella (normalmente él) acabará algún día por triunfar a lo grande. Así que, por si acaso, dejemos en paz a los ricos; algún día el rico puedo ser yo.

Mira, tío, tienes que aceptar la realidad: Tú nunca te vas a hacer rico. La probabilidad de que eso suceda es aproximadamente de una en un millón. Y no solo no te vas a hacer rico, sino que además vas a tener que vivir el resto de tu vida rompiéndote los cuernos para poder pagar la factura de la televisión por cable y las clases de arte y de música de tu hijo en la escuela pública, que antes eran gratis.

Y la situación va a empeorar. Olvídate de la pensión, de la seguridad social y de que tus hijos cuiden de ti en la vejez, porque apenas si van a contar con el dinero justo para cuidar de sí mismos.

Por si todavía hay alguien que crea que no todas las grandes empresas norteamericanas son tan malas, echemos un vistazo a lo que nuestros buenos magnates de la industria han estado haciendo recientemente.

Por ejemplo, ¿te has enterado de que tu compañía quizá te haya hecho un seguro de vida? Qué bien te tratan, ¿no? Vale, ahora verás lo bien que te tratan.

Durante los últimos 20 años, algunas compañías tales como Disney, Nestle, Procter & Gamble, Dow Chemical, JP Morgan Chase y Wal-Mart, han estado haciendo en secreto seguros de vida a los empleados que ocupaban un nivel medio o bajo en la jerarquía de la organización, pero con un detalle: ise nombraban a sí mismos (la compañía) como los beneficiarios! Lo que oyes. Cuando fallezcas, será la compañía, y no tu familia, los que se queden con el dinero. Si falleces cuando todavía estás trabajando, mejor, ya que la mayoría de las pólizas de seguro de vida están pensadas para pagar más cuando la persona muere joven. En caso de que vivas hasta una edad muy avanzada, incluso aunque haya pasado mucho tiempo desde que dejaste el puesto de trabajo, la compañía no dejaría de beneficiarse económicamente de tu muerte. Además, y aparte ya del momento en que estires la pata, la compañía puede solicitar un préstamo con la póliza como garantía y deducir el interés de sus impuestos.

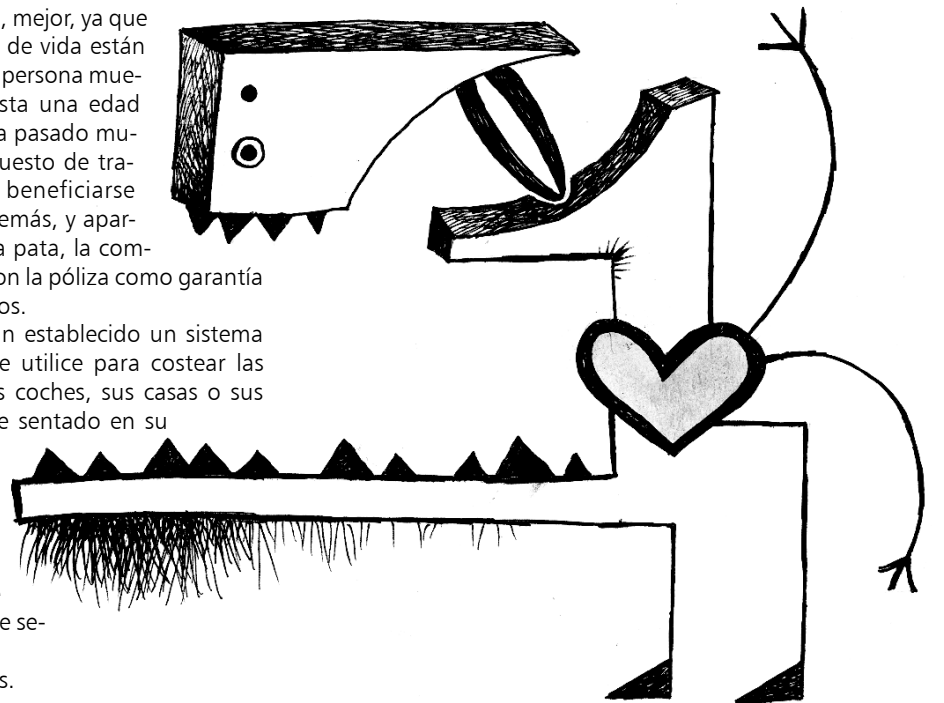
Muchas de estas compañías han establecido un sistema para que el dinero así obtenido se utilice para costear las primas extras de los ejecutivos, sus coches, sus casas o sus viajes al Caribe. Imagínate a tu jefe sentado en su jacuzzi allá en la isla de San Bartolomé, ¿crees que se va a poner muy triste cuando se entere de que te has muerto?

¿Sabes cómo se refieren privadamente las grandes compañías de EE.UU.: a esta modalidad especial de seguros de vida?

Seguro de los Palurdos Muertos.

Como suena. «Palurdos Muertos». Eso es lo que somos para ellos: palurdos. Y a veces les somos más valiosos muertos que vivos. ■

Extracto de «Dude, where is my country?» (Amigo, ¿dónde está mi país?)
http://www.lajiribilla.cu/2003/n136_12/136_13.html



Antes del 82, Camagüey era la provincia donde nació, una de las primeras villas fundadas por los españoles con el nombre de Santa María del Puerto Príncipe y una tenaz pertenencia a los equipos con ese nombre en las series de pelota. Pero, a las diez de última, lo del puerto tenía que ver con la fundación inicial de la ciudad, cerca del mar antes que el azote de los piratas obligó a que se mudara para el centro de la Isla. Lo de capital provincial también sufría sus paradojas, pues las costumbres, el acento, el paisaje de los que habitábamos en lo que es hoy la provincia de Ciego de Ávila, tenía más que ver con la sitiería y las perennes décimas, cantadas o murmuradas, de lo que era entonces Las Villas. Más bien asunto de clase de geografía nos resultaba la ganadería y las largas zonas despobladas del Camagüey legendario, que el gran poeta Guillén bautizaría como «suave comarca de pastores y sombreros.»

En más de dos años en este Puerto sin agua, este entretejido sabio de callejuelas y plazas, aprendí a querer la ciudad, aunque nunca se dio entre nosotros la sagrada alquimia de la pertenencia. El camagüeyano es amable, pero despacioso; simpático, pero contenido si lo comparamos con orientales o habaneros. En ese bienio de mi veintena, visité en la Ciudad de los Tinajones unas diez o doce casas de familia. Si mi servicio social hubiese transcurrido en Santiago de Cuba, hubiese penetrado la intimidad de cientos de hogares. Eso sí, en Camagüey la amistad, la entrada, la criolla confianza se demora, pero tiene lo que en materia de perfumes nombramos «fijador». La del pintor Joel Jover y otro par de casas que entonces conocí, siguen abiertas con el mismo esplendor y similar fijeza.

Como para compensar la textura de tanta iglesia (hablamos de la única ciudad a dere-

chas católica de Cuba), tanto muro antiguo y callejón escurridizo, la ciudad se regaló El Casino Campestre: un parque amplio, claro, verde, diáfano.

Algo que no deja de llamarme la atención de la villa es la forma en que se ha conservado cierta fidelidad al lenguaje castizo, que no he encontrado en ningún otro sitio de nuestro archipiélago. El camagüeyano medio (sobre todo si es persona de escasos estudios) te dice: «Estáis más gordo», y otras formas muy lejanas al constante tuteo y la estructura liviana, descoyuntada del español de Cuba. Todo parece indicar que en la escuela no se estimuló la persistencia de esas expresiones y por ello, el voceo se da más bien entre la gente humilde. De todas formas todo el que es príncipeño de tercera o cuarta generación, exclama ante un suceso extraordinario o sobrecogedor: «fuguraos, figuraos, Vo», suprimiendo las eses finales, como para no tomarse el placer por lo antiguo tan en serio como los gruesos muros de sus preciosas catedrales y plazas. ■

del Camagüey

Amado del Pino
Cuba



En Camagüey la amistad, la entrada, la criolla confianza se demora, pero tiene lo que en materia de perfumes nombramos «fijador».

Ilustración: Raupa

http://www.lajiribilla.cu/2003/n136_12/lacronica.html



TEATRO Y GRUPO: OTRA NACIÓN

Zoila Sablón
Cuba

Regresar a Teatro Escambray una y otra vez, siempre resulta un viaje necesario, que cuerpo y alma agradecen. Teatro y Nación, evento que organiza la revista *Tablas* con el coauspicio del Consejo Nacional de las Artes Escénicas, su homólogo en Villa Clara y el propio grupo, acaba de concluir en La Macagua.

Cuando en 1995 fui por primera vez a Teatro Escambray buscaba lo que la película *Como la vida misma*, de Víctor Casaus me había mostrado una década antes, a mis 14 ó 13 años cuando entonces era una actriz de éxito municipal: un grupo de teatro que llevaba la cuenta de la estancia de sus miembros en un mural; reuniones donde se discutían posibles futuros temas para futuras obras, todo fruto de una investigación compartida sobre el terreno, sin contar con la vibrante naturaleza de la cordillera y aquel paisaje frente a Río Negro cuando Beatriz Valdés y Fernando Hechevarría hacían el amor a punto de rodar por una colina y ante los ojos de un venado extraviado; *Molinos de viento*, la obra de Rafael González llegaba a mí a través de la versión en la gran pantalla, y me perdía uno de los tres o cuatro personajes que Carlos Pérez Peña estima más en su amplio repertorio de treinta y tres años en el grupo. Ese fue mi primer contacto con Teatro Escambray, el momento en que comenzó en mí una idea de lo que era un grupo de teatro: encuentro y permanencia en el tiempo. Después solo los libros —Raquel Carrió, Rine Leal, Laurette Sejourne, Esther Suárez, Rosa Ileana Boudet u Omar Valiño— abrieron un nuevo acercamiento al grupo hasta que asistí al segundo Teatro y Nación.

Entonces, con Teatro y Nación la escena cubana ante el 98, pretendía develar una isla teatral ante las interrogantes que el centenario de los sucesos del 98 imponían, sin obviar las especiales circunstancias de encontrarnos aún en el centro mismo de la más aguda crisis económica. Aquellas preguntas estaban esencialmente ligadas al sentido de nación, de cómo el teatro había logrado expresarlas, de cómo seguía sobreviviendo y lo hacía con una conciencia crítica de su Graziella Pogolotti concluía su intervención de aquel momento animándonos a pensar que también la Isla son sus puertos.

Después de ese encuentro he regresado a La Macagua muchas veces más, ahora con mi hijo. Teatro y Nación ha continuado su rumbo y ha llegado a la sexta estación de vida este año para conversar sobre teatro de grupo.

Conversar aquí no resulta un sinónimo de fácil recurrencia. En La Macagua se conversó sobre teatro de grupo, se chismó sobre los entresijos de algunos de los más emblemáticos proyectos

de grupo que los hombres de teatro en Cuba insistieron en hacer desde mediados del siglo XX. Conocimos del amor platónico entre Roberto Gacio y Flora Lauten, por supuesto sin que ella nunca lo supiera, en Teatro Estudio; o de las más recónditas anécdotas en el Cabildo Teatral con Carlos Padrón y Dagoberto Gaínza; del emotivo encuentro de Norge Espinosa con Francisco Morín en New York, que fue también con Prometeo y una parte viva de nuestra historia teatral. Válido también fue el testimonio del Guiñol Nacional en los fundadores Xiomarah Palacios, Armando Morales y Carlos Pérez Peña. Un recuento sin nostalgias de lo que fue y pudo seguir siendo, especialmente cuando se trata de una experiencia forzosa y dolorosamente truncada, arrasada por el fuego oportunista de algunos. Según Morales, una experiencia hija de su época que tuvo sabrosos frutos y que no tiene por qué repetirse de igual modo en estos tiempos y a la que hay que mirar sin nostalgia melosa.

En un panel colectivo sobre las experiencias más recientes, se revelaron las razones por las cuales Antonia Fernández, discípula de Flora Lauten y fundadora junto con su maestra de Teatro Buendía, después de dieciocho años de trabajo en grupo, sale a inventar su propio espacio, con la necesidad de refundarse una nueva patria. Fue elocuente, de igual forma, el testimonio del Estudio Teatral de Santa Clara, que ha persistido, como dura roca de Sísifo, en subir la colina una y otra vez, en una topografía que el Estudio ha sabido reconstruir en cada etapa. Constaté de súbito también las transformaciones, apenas visibles para algunos quizás, que ha operado Teatro D'Dos desde su fundación en los inicios de los 90 como un pequeño y feliz grupo de provincia, cuando, siempre en medio de la dura cotidianidad de esos años, Julio César Ramírez publicaba la precaria revista *Diálogo* en Caimito del Guayabal y convocaba, camión de pasaje colectivo por medio, a los encuentros de invierno donde el grupo desmontaba espectáculos en producción y se conversaba animadamente sobre las próximas puestas en escena. O confirmar que Milva Benítez, la actriz ex integrante de tres grupos en menos de una década, finalmente ha constituido Teatro del Puerto, expresión de su obstinada inconformidad ante las cosas y su persistencia en hacer hasta las últimas consecuencias. Teatro El Público expuso una vez más la búsqueda de nuevos espectadores como el pilar fundamental del quehacer del grupo. Todos ellos confirmando la necesidad de un liderazgo intelectual y artístico que sostenga el trabajo colectivo. Reinaldo Montero evidenciando

esto último a través de su trabajo como asesor teatral con Vicente Revuelta en Teatro Estudio.

Pero desde antes, con la exposición de apertura de la doctora Raquel Carrió, quedaron pautadas una serie de definiciones y aproximaciones que permitieron establecer en sentido general qué es el teatro de grupo y cuál ha sido su trayectoria en la cronología del teatro cubano. Haciendo énfasis en algunas zonas, evidenciaba una línea que aunaba cada una de las experiencias más contundentes en la escena nacional: la multifuncionalidad, la permanencia en el tiempo y la creación de una cultura de grupo gracias a las fuentes, referencias y metodologías comunes que se articulan a un saber acumulado. También Alfonso Sastre durante su visita a La Habana en el pasado septiembre ya había aludido a la programación de un grupo como el rostro más visible que nos va descifrando su avatar y su filosofía.

Esencial fue también la presencia de Miguel Rubio, que por más de 30 años ha dirigido al colectivo peruano Yuyachkani, un punto importantísimo en esa estrecha, diversa y visible red que conforman los grupos de resistencia cultural en América Latina. De igual modo, la presencia de Eugenio Barba y Julia Varley vino a revelarnos la vitalidad del trabajo de grupo en las circunstancias del Odin Teatret, que cumplirá en octubre próximo sus 40 años.

Teatro Escambray era una de esas paradas obligadas que debíamos hacer en este recorrido por el teatro de grupo en Cuba. La noche antes al correspondiente panel sobre el Escambray en el que participarían Rafael González, su director, y Cheíto, ex actor y actualmente quien se ocupa de trazar nuevas estrategias de vida en el colectivo; Carlos Pérez Peña ofreció un ensayo de los tres monólogos de *Fabriles*, texto de Reinaldo Montero, estrenado por el grupo en los 90. Antes de comenzar la demostración, Carlos leyó un texto, breve, inesperado, contundente donde exponía las razones por las cuales él había permanecido por más de 30 años en La Macagua. Al concluir su lectura, Carlos estrujó el papel y lo echó a un cesto imaginario. Las razones eran simples, digamos que conocidas, pero el acto de permanecer,

A h h h h h h

de tirar esas palabras que cabían en el puño del actor a un escenario desprovisto de atractivo, con algunas luces y necesitado de un retoque de pintura, era una acción por sí misma que develaba los profundos nexos que unen a Pérez Peña con ese espacio vital que él ha contribuido a refundar una y otra vez.

Cuando Eugenio y Julia intervinieron en el cierre de las discusiones durante la última jornada, Barba comenzó diciendo que la pregunta qué es el teatro de grupo no era lo esencial. «Siento que lo esencial está escondido». Cada una de las intervenciones no giraba en torno al teatro de grupo, o al teatro, sino a las personas, a la vida de las personas, a

las invisibles acciones que nunca se revelan y que «casi» no tienen importancia, a la pesadez y obviedad de lo cotidiano que puede marcar la vida de un pueblo, de una nación, o del hacer colectivo de un grupo de teatro. Se trataba del gato que se le muere a un director y es como si en la última bocanada de aire del felino, el futuro de un grupo expirara también. Hablábamos de los hijos de Flora en La Yaya, de los dos puerquitos que llegaron a La Macagua por accidente de la mano de Sergio Corrieri y después fueron motivo para transformar, en un sentido importante, las futuras estrategias de supervivencia del grupo. Se estaba hablando de la vida en común, de lo que los historiadores no recogen como testimonio vital, de lo que no tiene dato, de lo que está detrás de un repertorio, de un grupo de actores en escena durante años.

Cuando Julia Varley comenzó su exposición/demostración confesó que la dedicaría a Ana Correa, actriz de Yuyachkani, y a Gilda Hernández, fundadora de Teatro Escambray. Julia empezó hablando de su vida, de la pérdida de su novio quien dejó de hablarle durante mucho tiempo por decidir quedarse en el Odin, de la apatía de Eugenio en sus primeros años en el grupo, y de su persistencia en hacer, de imponerse a pesar de todo.

Recordaba yo entonces, en otra dimensión del tema, el enorme privilegio que fue para mí asistir a una reunión de trabajo del Odin Teatret en su sede en Holstebro, Dinamarca. Cada uno de los que estaban sentados a la mesa, algunos de ellos repitiendo ese acto durante casi 40 años, tenían una tarea por la cual responder. La actriz Roberta Carrieri era la responsable de la reunión, debía ocuparse de citar a todos los integrantes y además ofrecía la palabra según el turno, incluso a su propio director. En aquella reunión, se habló con igual cuidado de la experiencia de Julia en Sarajevo, de la organización del siguiente Odin Week, de los percheros que debían comprarse para las habitaciones de los huéspedes y los problemas de humedad y ventilación que tenían los baños, así como de respetar las disposiciones de la cocina.

Como era rigor por los 35 años de Teatro Escambray se dieron condecoraciones, diplomas, «por cuanto», resoluciones y cuadros de pintores noveles, no faltó el siempre modesto y sencillo brindis, a pesar de los abundantes banquetes y la generosidad de Alina y Teresa en que desayunáramos, almorzáramos y comiéramos a tiempo y bien las casi 60 personas que día a día nos reuníamos en el Gallo, y esperábamos en los recesos un café que nunca llegó. En esos escasos cuatro días, que la conversación y el buen tiempo dilataban para nuestra suerte, sentíamos que de alguna manera estábamos allí por una razón especial.

Una razón sabida y desconocida al mismo tiempo, una acción que se repite en el tiempo y que no nos cuesta trabajo volver a ella una y otra vez. Estábamos a gusto, hablando de temas en común, con la única retribución del diálogo, del buen estar, del compartir. Una banalidad, algo sin importancia: un gato menos, puerquitos de más, gente común. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2003/n136_12/proscenio.html



Sigue tocando Rubén

Es verdad que este pasado lunes ha fallecido el villareño Rubén González, pero es incierto que su piano haya dejado de sonar. El mulato que pudo ejercer como maestro o trabajar como médico, dio muestras tempranas de inclinación rotunda a la música popular y a pesar de zonas de silencio en su profesión, mucho antes del sonado álbum *Buena Vista Social Club*, ya había participado en muchos hits de nuestra música, como para que ahora el manotazo sordo de la muerte, nos lo vaya a arrancar de nuestras sagradas preferencias.

Haber nacido en un pequeño pueblo del centro de la Isla (Encrucijada) no le impidió, gracias al interés de su familia, iniciarle en el piano desde muy pequeño. Ni viajar un poco más tarde, con puntualidad, a recibir clases en Cienfuegos, como para que el jovencito ya instalado en Santa Clara pudiera dar claras muestras no solo de dominio del instrumento, sino de certera conciencia de cuál es el papel del instrumento en el concierto general de una agrupación.

De no haber sido así, no hubiera podido figurar a partir de 1940, cuando se instala en La Habana, en verdaderas instituciones de la música cubana. Nada más y nada menos que en el floreciente Conjunto de Arsenio Rodríguez y en el Conjunto Los Astros de René Álvarez. Si no hubiera figurado entre los grandes del tumbao cubano, al lado de Lili Martínez o Peruchín, Rubén no hubiera podido acceder durante la década del 50 a una de las orquestas de tipo charanga verdaderamente modélica, la del maestro Enrique Jorrín.

He leído en varios despachos de prensa redactados al filo de su muerte que a pesar de la significativa importancia de su quehacer pianístico, solo grabó tres discos. Se refieren al álbum *Indestructible*, aparecido inicialmente en la década del 70 y en soporte de vinilo y a los dos discos del sello World Circuit: *Buena Vista Introducing Rubén González* y *Chanchullo*. Es una aseveración inexacta. No solo porque a principios de los 90 él toca de arriba abajo en un disco consagrado al catálogo de su colega Lili Martínez, en donde canta Planas, sino porque Rubén González —que es esencialmente un pianista de orquesta y es en ese contexto donde cobra mayor lucimiento— participó en otras numerosísimas grabaciones.

¿No son acaso de Rubén todos los discos que grabó como integrante de la orquesta de Jorrín? ¿No es de Rubén el álbum de las Estrellas de Areito grabado en 1981, bajo la dirección del autor de «La Engañadora»? Incluso en 1995 participa en el disco *La novia del Feeling*, de Omara Portuondo. Y es natural que se consideren de él todos los discos iniciales del proyecto Buena Vista.

A estas alturas no cabe discusión alguna de que la fama internacional le llegó a Rubén González después de que Juan de Marcos González lo fuera a buscar a su casa, para mostrárselo a Ry Cooder. Pero, sin duda, Juan de Marcos no se hubiera aparecido con él a los legendarios estudios de la calle San Miguel, de no ser conocedor de la maestría alcanzada por Rubén formando parte de las importantes agrupaciones ya mencionadas. Cualquiera que hubiera descubierto al Conjunto de Arsenio Rodríguez, a Los Astros, a la Orquesta de Enrique Jorrín o a esa joya de las Estrellas de Areito, ya podía tener contundentes noticias de Rubén, antes de que saliera al mercado por los cuatro puntos cardinales el álbum *Buena Vista Social Club*.

En todo caso, lo más importante, es que el valioso trabajo de este incesante tocador de piano, que pudo haber incursionado en la música llamada clásica y prefirió engrosar las filas de los maestros de la música popular cubana, ya no nos faltará más, porque ha quedado guardado para siempre. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2003/n136_12/aprende.html



**Bladimir Zamora
Céspedes
Cuba**



Ilustración: Gus

a propósito de

HAITÍ

Luis Toledo Sande
Cuba

también de esas islas e iniciaron así, en grande, su acometida para dominar al planeta.

Invitado a participar en uno de los paneles de aquel encuentro, se me encargó presentar una breve ponencia sobre la actitud del gobierno de los EE.UU. hacia los pueblos de nuestra América. Cualquiera que fuese el abordaje de ese tema, pasaría por la ineludible denuncia de una potencia imperialista que, desde su fundación, ha castigado a los pueblos vecinos con saqueos territoriales y económicos, agresiones armadas y cruentos golpes de Estado para imponer sangrientas tiranías a su servicio.

A la hora del debate pidió la palabra —entre otras personas, cubanas y no cubanas, que asistían al encuentro— una profesional estadounidense. Su interés, distinto del expresado por los demás participantes, era pedirme que reconsiderase mis argumentos a la luz de un hecho que, para ella, acusaba una nueva política de su país con respecto a la región. En sus palabras aprecié sinceridad y, a ratos, candor; tuve hasta la impresión de que, si se hubiera extendido un poco más, no habría podido disimular la sordina del nudo en su garganta. Manifestaba su querencia a Cuba y a todos los pueblos del mundo, se pronunciaba contra las injusticias y, al mismo tiempo, evidenciaba desear vivamente en el plano internacional que su gobierno empezara a enrumbarse por buenos caminos: o sea, a respetar el derecho de autodeterminación de los demás países y, en estos, los principios de la democracia que ella daba por cumplidos en el suyo.

Las esperanzas de la joven las alimentaba el hecho de que a la Casa Blanca había llegado un mandatario carismático, con fama de liberal y audaz, y con la aureola que le daban su relativa juventud y declaraciones progresistas hechas durante la campaña electoral. Pero que no tuvo lo que necesitaba tener, en sí mismo y sobre todo en las fuerzas dominantes de su nación, para cumplir sus promesas. Como cualquier otro Presidente del imperio, era dominado por los poderosos de su país, y acabó envuelto en brutales agresiones a otros países; y, para colmo, humillado por escándalos dignos de comentarse en las comedillas del barrio, pero que, en virtud de las manipulaciones de que fueron objeto por parte de los intereses más retrógrados, fueron magnificados grotescamente.

Para pedirme que cambiara o, por lo pronto, modificara mis criterios sobre la ilegal e inmoral agresividad del gobierno de su nación, la joven aducía la reposición de Jean-Bertrand Aristide, tras su temporal derrocamiento por fuerzas militares intestinas, como presidente haitiano. Sugería que se viera una expresión de buena fe en el acto que quizás haya sido el más diabólico de los muchos y muy terribles perpetrados contra Haití por el Norte imperial. Como quiso saber en qué me basaba para sostener ese criterio, me extendí en la respuesta.

Haití ha sido una de las víctimas preferentes del intervencionismo político y militar, y de toda índole, del imperialismo estadounidense, que ha continuado la obra del colonialismo europeo y coadyuvado al pavoroso empobrecimiento de ese pueblo caribeño, donde prohió un ejemplo mayor de gorilismo. Cuando ya los dictaduras

sostenidas por ejércitos antipopulares habían caído en la infuncionalidad y no convenían a sus patrocinadores, el imperio aceptó que en Haití ocurriese lo que en otros países latinoamericanos: la elección de un presidente calificado de democrático. Cualquiera persona ingenua pudo creer que ahí terminaba esa historia. Pero no.

El estreno de Aristide en la presidencia de su nación fomentó muy dignas esperanzas. Era, de entrada, un símbolo opuesto a prácticas bárbaras que allí habían venido imponiéndose con la complicidad, cuando no con el patrocinio del amo extranjero, y triunfó en elecciones inéditas en su tierra. Su civilidad, aunada a una condición religiosa que lo ubicaba en las tendencias teológicas renovadoras de la América Latina, le daba un aura de espiritualidad y decencia estimulante en relación con el ambiente implantado y capitalizado por los opresores nativos y foráneos. Era, en fin, una figura que rebasaba —como ilusión al menos— las expectativas tolerables por el imperio. Pronto, pues, lo derrocaron las mismas fuerzas militares que este último había venido manejando y manejaba (maneja), y el depuesto sacerdote-presidente halló asilo en la nación imperial.

¡Altruista ese gobierno anfitrión!, ¿verdad? Lo cierto es que recibió a un Aristide neutralizado, a un Aristide a quien ya, de hecho, el derrocamiento por los gorilas lo identificaba con la incapacidad objetiva para cumplir el programa de transformación que su pueblo necesitaba y esperaba. Demos por sentado que ese programa, es decir, el propio Aristide, era sincero, y se comprenderá mucho mejor aún porque tenía en su contra la tradicional política fomentada en su patria —con propósitos hartamente opuestos a la emancipación y a la dignidad— por el imperio y por la oligarquía interna.

De ahí que el modo como, luego de su derrocamiento, Aristide fue recolocado en su cargo de presidente, pueda calificarse como una operación particularmente diabólica. Con ella, el imperio conseguiría llevar a cabo en Haití una ocupación militar que pareciera justificada, y, de paso, le recordaría a la arrogante camarilla castrense algo que esta no podía permitirse olvidar: también ella actuaba según los designios del amo imperialista, y no tenía fuerza para más.

Ese mismo imperio privaba a Aristide de toda fuerza transformadora al convertirlo en alguien que no sería ya un presidente electo por la mayoría de su pueblo, y mucho menos un símbolo de las esperanzas que las masas maltratadas y humilladas en su tierra podían albergar. Sería un mandatario «elevado» a esa condición por el mismo imperio que había propiciado y aprovechado largamente en función de sus intereses la tragedia haitiana. Desactivando a Aristide, ese imperio daba además un golpe a la teología de la liberación, incompatible con el satánico «mesianismo» de césares que se han permitido decir que Dios está con ellos y hasta los visita y les habla al oído en el templo llamado Casa Blanca.

El gobierno de los EE.UU. no se ha caracterizado precisamente por defender y promover libertadores, por apoyar a gobernantes que hayan intentado actuar honradamente al servicio de sus pueblos, sino por todo lo contrario. Así como en determinadas circunstancias podrá

«proclamar que lucha» contra terroristas —terroristas que antes, ¡vaya casualidad!, le han servido en sus planes, como en Afganistán—, puede derrocar a presuntos o reales dictadores —en Kosovo, en Iraq o en cualquier otra «oscura» parte del mundo adonde decidan llevar sus actos genocidas—, pero no para sustituirlos por defensores de la justicia. Como en Guatemala y en Chile, han derrocado gobiernos legítimos y democráticos para reemplazarlos por tiranos sanguinarios; y hacen todo lo posible por asfixiar y derrotar a la Revolución cubana.

Es de extrañar que el imperialismo no haya consumado en Palestina una estrategia similar a la que aplicaron en el caso haitiano para anular las que parecieron potencialidades progresistas, quizás revolucionarias, de Aristide. Como apunté en un artículo publicado en *La Jiribilla* digital poco después de los sucesos del 11 de septiembre de 2001 —sucesos trágicos y turbios: no se conocen sus verdaderos comisores, pero sí sus únicos beneficiarios—, el poderío que han conseguido en el Medio Oriente pudo haber movido ya a los imperialistas a patrocinar la fundación y el acatamiento de un Estado palestino. No, por supuesto, del Estado libre y soberano a que ese pueblo tiene pleno derecho histórico y moral, sino otro harto distinto y que también tributase, como tributa el sionismo en pago de la protección recibida, a las arcas y a la hegemonía del imperio.

El imperio completaría aún mejor sus maniobras si a ese Estado lo representaran, en el plano formal, sus más prestigiosos símbolos históricos, pues con ello los aniquilaría moral y políticamente. Que al menos de manera resuelta no hayan puesto en práctica un plan semejante, habla de la tozudez del devastador proyecto imperiosionista que muestra su voluntad de exterminar al pueblo palestino. Pero es también un voto en favor de la consecuencia de Yasser Arafat. Si hubieran podido aniquilarlo con un procedimiento de semejante entraña, le habrían dado al movimiento de liberación palestino, y a todas las fuerzas defensoras de la justicia en el mundo, un golpe mucho más efectivo que el asesinato con que ese dirigente está amenazado en medio de un cerco feroz, donde lo que debe asombrar es que no lo hayan asesinado todavía. Apuestan probablemente a su muerte natural, pues la biología es implacable; pero también en ese caso quedará en pie la imagen de un luchador que no se doblegó ni fue manipulado.

Para quien de veras quiera aprender y actuar consecuentemente, no escasearán las lecciones de la historia: es decir, de la vida. En ellas hace pensar la declaración que dentro de Haití se ha alzado contra la realidad que ese país sufre doscientos años después de haber ganado heroicamente su independencia. Quienes han firmado y promueven aquella declaración, se han sentido con derecho a enfilarla contra un gobernante que tantas ilusiones despertó en su momento, por lo que se esperaba que pudiera hacer o apoyar en pos del bien de su sufrido pueblo en el reino de este maltrecho mundo. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2003/n133_11/133_11.html

A las puertas del bicentenario de la independencia de Haití —acontecimiento que merece celebrarse a la altura de su importancia en la historia de las luchas por la emancipación dentro y fuera de nuestra América—, voces representativas del hermano país se han unido en una declaración contra las calamidades que sufre su pueblo, y, naturalmente, contra los responsables y cómplices de tal situación. El asunto —aunque no se agote en ellos, pues concierne también a factores internos— remite directamente a los actos de injerencia violatoria del imperialismo estadounidense contra la soberanía de las naciones y la libertad de los pueblos, no solo en la región más cercana geográficamente a él.

En esa región figura Haití, país al cual se le ha hecho pagar caro su pionero gesto independentista asociado a la abolición de la esclavitud, como a Cuba se le ha hecho pagar caro la voluntad de unir la conquista de su soberanía con metas más altas de justicia social. No hay que buscar en estas páginas un recuento factográfico irreductible a unas pocas cuartillas: se trata de una realidad en plena marcha y se le han dedicado, si no todas las necesarias, sí muchas páginas ya publicadas, aparte de vivir en la memoria de quienes no escojan ser olvidadizos o ignorantes. Huelga decir que estos últimos vocablos no aluden a los millones de seres humanos que, condenados por la opresión a vivir en la ignorancia, tienen, sin embargo, la sabiduría y las intuiciones con que los pobres de la Tierra se oponen a la iniquidad.

De un modo imprevisto y singular, el tema haitiano surgió hace algunos años en uno de los encuentros que en Cuba se dedicaron —como en otros países de nuestra América e incluso de Europa, señaladamente España— a tratar, con ocasión de su centenario, acontecimientos que suelen resumirse en una sintética expresión: *el 98*. Son, desde luego, los hechos signados por la acción con que los EE.UU.

humillaron a la Corona española, frustraron la independencia de Cuba, colonizaron a Puerto Rico, masacraron al pueblo filipino para apoderarse

Con el término de la Segunda Guerra Mundial, la humanidad parecía asomarse a la claridad del día, después de haber permanecido inmersa en el túnel del horror. Los museos de los antiguos campos de concentración guardan el testimonio de la vesania. Las ciudades en ruinas mostraban sus cicatrices. En la frontera de la cortina de hierro, Alemania se beneficiaba del Plan Marshall para desplazar de los mercados a algunos de sus competidores tradicionales. Enmascarados tras la ironía, los hombres de negocios británicos advertían que los créditos blandos alemanes los privaban de su comercio histórico con la América del Sur.

De la resistencia al fascismo emergía una izquierda fortalecida. La guerra fría polarizaba posiciones y, en ese contexto, se pulverizaban las imágenes históricas de la monarquía y la nobleza de sangre.

En aquel entonces, la prensa plana seguía ejerciendo una influencia dominante. En la Europa empobrecida, los televisores escaseaban tanto como los refrigeradores. Algunos cafés convocaban una clientela para el disfrute colectivo de los espectáculos más populares. A la prensa se le añadían artículos de fondo y diseño conservadores, dirigida a los sectores intelectuales, al coto cerrado de las finanzas se contraponían las grandes tiradas de periódicos elaborados según la tradición del amarillismo. Titulares de altísimo puntaje encabezaban brevísimas informaciones, como para adormecer las pequeñas células grises. El exceso de tintaje manchaba los dedos. En primera plana, inmensas fotos recreaban el hecho de sangre.

Esos recursos bien aceitados desde los días de Hearst, se complementaban con los que procedían de las novelitas rosas y del folletín. En Egipto, el movimiento de oficiales encabezado por Nasser desplazó del poder al autocrático Farouk. Un singular proceso de mutación transformó al victimario en víctima. Su obesidad grasienta ilustraba los relatos dramáticos de su caída.

Esa deformidad física acentuaba la imagen patética del personaje y provocaba en los lectores una identificación lastimera. El más sensacional éxito publicitario acompañó la caída de Reza Pahlevi. Irán había sufrido el más implacable ejercicio de la violencia de estado. Sus servicios secretos ocupaban el pináculo de la celebridad internacional. Para restaurar la imagen del monarca derrotado, se apeló a la novela del corazón con el romance entre el príncipe y la frágil Soraya, víctima de la infertilidad.

Las lectoras se conmovían con la tierna historia de amor tomada directamente de la realidad. Demasiado marcado por la sangre, Pahlevi tendría vigencia pública transitoria. A la larga, era descartable. En cambio, la figura de Mosadegh se definía en términos de fundamentalismo exacerbado, en medio de multitudes exaltadas por el fanatismo.

Las fórmulas desarrolladas a partir de la literatura del corazón se mantienen hoy en las revistas ilustradas que se difunden en todas partes. Por el ojo de la cerradura, Cenicienta contempla la intimidad de un mundo inaccesible con la ilusión de formar parte de esa atmósfera esplendorosa. Los nombres aristocráticos, los supervivientes de las monarquías derrocadas disfrutaban vacaciones interminables en sitios privilegiados. Después de repasar las

páginas lustrosas, el ama de casa volverá a la rutina cotidiana. A esa rutina se integran los jercas del empresariado. En trajes de sport, corredores de motocicletas de última generación, participan en saraos, muestran su apacible vida familiar, el entorno arbolado de sus residencias y sus despachos de gerentes eficaces.

Para un lector mejor informado, la posguerra multiplicó el modelo de la revista *Time*. Las pautas de portada, el diseño interior, la organización de las variadas secciones implantaron una imagen cada vez más homogénea, atemperada a los contextos específicos de cada lugar. Cada número es un compendio de acontecimientos nacionales e internacionales, de novedades del deporte, de la cultura y del entretenimiento. El saber contemporáneo se digiere en pastillas asequibles. En un tiempo mínimo se adquieren los conocimientos indispensables. Un estilo rápido, directo, parece garantía de objetividad.

En Francia, el semanario *Le Express* adoptó esta línea. Como tantos otros, me dejé arrastrar por la adicción a esta fuente de información variada, que me ofrecía un panorama del acontecer mundial. No perdí, por ello, la lucidez y pude observar el paciente y sistemático desmontaje ideológico de las posiciones de la izquierda y de aquellas procedentes de la sólida tradición de la burguesía nacional francesa. Las caricaturas identificaban con sorna al general De Gaulle con Juana de Arco, a fin de definirlo en términos de supervivencia arqueológica.

El deterioro de la clase política había rescatado a De Gaulle de su apacible retiro. Conservaba la aureola de quien salvó el honor de Francia ocupada con la organización desde el exilio londinense, venciendo enormes dificultades, de un cuerpo militar que participaría, junto a los aliados, en la liberación de su país. Negoció para sus tropas la simbólica entrada triunfal en París. Después de sufrir un inevitable desgaste en los rejugos de la política, fue llamado nuevamente cuando la situación en Argelia se volvió crítica. La violencia represiva no había logrado sofocar la rebelión en el norte de África. Al agravarse el conflicto, militares de inspiración fascista intentaron un golpe. Carentes de crédito en Francia, los dirigentes de la OAS acudieron al General prestigioso. Político sagaz, De Gaulle accedió para dar fin a la guerra, sacrificar el presente para salvar la continuidad de la presencia económica francesa en el futuro.

La estrategia del general De Gaulle tenía un alcance mucho mayor. Se trataba de defender la independencia de Francia frente a la progresión acelerada del dominio norteamericano mediante alianzas tácticas con otros gobiernos europeos. A pesar de sus reticencias y sus antiguos rencores, se acercó a la Gran Bretaña para la construcción conjunta del avión comercial Caravelle. Se acercó a la Unión Soviética. Desarrolló buenas relaciones con Cuba. Su visión de estadista vencía sobre sus prejuicios políticos. Su batallar se concentraba en la denuncia

de los acuerdos de Bretton Woods, que convertían al dólar en la divisa del mundo. Aislado, sus esfuerzos resultaron infructuosos. Ahora, la jubilación sería definitiva. Su silueta espigada parecía hecha a la medida del uniforme militar. Su nariz prominente era un regalo para los dibujantes humorísticos. Nadie recuerda que el gesto del patriota soñador al forjar las fuerzas francesas libres colocó a su país, a pesar de la derrota y de la traición de Pétain, el héroe de Verdun, entre los cinco grandes de la Segunda Guerra Mundial y le aseguró un puesto entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Para Jean-Jacques Servan Schreiber, director de *Le Express*, el éxito de la publicación le proporcionó nombradía en los círculos intelectuales y políticos. Esa proyección pública facilitó su tarea de pionero en la fundación de una nueva teleología. Un libro de gran repercusión auguraba el inminente dominio planetario de los EE.UU. Adaptarse a tan poderosa avalancha era la única alternativa posible. Como había ocurrido antes con el empleo de los recursos de la novela del corazón por parte de la prensa, la transmisión de la ideología se verificaba a través de un continuado ablandamiento psicológico. La identidad de los partidos políticos se diluía con la falta de programas consecuentes. El economicismo corroía la combatividad de los sindicatos. En las fábricas, la indiferencia ante el drama de los inmigrantes volatilizaba los valores de la solidaridad. El estado de bienestar postergaba la aparición de una xenofobia que se precipitaría con la primera crisis económica.

Toca a los economistas el diagnóstico del imperialismo contemporáneo en circunstancias de globalización neoliberal. Pero la escalada económica, financiera, comercial, militar incluye en su logística la acción cultural y una propaganda pública y sutil destinada a socavar las bases de la resistencia, requerida más que nunca de lucidez. Su influencia llega hasta donde el cepillo no toca, hasta la cotidianidad y la vida íntima, modelan las expectativas de futuro. Corresponde al pensamiento crítico desentrañar los mecanismos del enmascaramiento de la verdad y favorecer en lectores y espectadores la capacidad de descubrir las estrategias latentes tras el juego de las apariencias. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n135_12/135_04.html

Las fabulaciones del periodismo

Graziella Pogolotti
Cuba



11525

El FBI recopila datos de los estadounidenses comprometidos en protestas legales y que discrepan del actual Gobierno.

En diciembre de 1990, el presidente George Bush, padre del actual mandatario de la Casa Blanca, hizo una gira por Sudamérica a fin de proponer al continente un audaz sueño: «Un sistema de libre comercio que vincule a toda América». En un discurso ante el Congreso de Argentina, dijo que el plan, que luego sería bautizado como Área de Libre Comercio de América (ALCA), sería «la nueva declaración de interdependencia de nuestro hemisferio... el brillante amanecer de un espléndido nuevo mundo». Hace unos días, los dos hijos de Bush sumaron fuerzas para tratar de acelerar la llegada de ese nuevo mundo con las negociaciones que realizaba el ALCA en la amistosa Florida. Ese es el estado que el gobernador Jeb Bush prometió entregar a su hermano en las presidenciales del 2000, inclusive si eso significaba impedir a muchos afroestadounidenses ejercer el derecho a votar. Ahora Jeb prometió entregar a su hermano el codiciado acuerdo comercial, inclusive si eso significaba impedir a miles ejercer el derecho a protestar.

Y, sin embargo, pese a los esfuerzos de los hermanos Bush, el sueño de un hemisferio unido en una economía de mercado libre murió hace unos días. No lo mataron manifestantes en Miami, sino los pueblos de Brasil, Argentina y Bolivia, que informaron a sus políticos de que si otorgaban más poder a las multinacionales tal vez no podrían retornar a sus hogares.

Los brasileños pactaron un compromiso que permite a los gobiernos firmar las partes que les gusten y rechazar las otras. Por supuesto, Washington tratará de presionar a países y a grupos de naciones para que acepten amplios convenios comerciales, pero no habrá un acuerdo unificado. Dentro del hotel Intercontinental, se lo calificó de «ALCA Lite» (ALCA liviano).

Pero afuera sufrimos una experiencia más pesada. Por cierto, cuanto más control perdían los representantes comerciales estadounidenses en la mesa de negociaciones, más poder ejercía la policía en las calles. «Nuestro objetivo es hundirlos», me explicó un agente de policía del condado de Miami Dade. Y eso es exactamente lo que hicieron. Pequeñas y pacíficas manifestaciones fueron reprimidas con gran dureza. Autobuses repletos de sindicalistas fueron bloqueados para impedirles sumarse a manifestaciones autorizadas. Decenas de jóvenes fueron golpeados con porras hasta hacerles sangrar.

La violencia policial fuera de las cumbres comerciales no es nueva, pero lo que resulta asombroso es la desproporción entre la respuesta de las fuerzas de seguridad y la amenaza real. Desde la perspectiva de una activista, los manifestantes se mostraron casi vergonzosamente obedientes; es comprensible tras semanas de intimidación policial.

Al oír el incesante rugido de los helicópteros, tuve la sensación de que estaba ocurriendo algo nuevo. Era como si, en vez de ser el blanco de un operativo, fuéramos extras involuntarios en un complejo ejercicio militar.

La cumbre del ALCA en Miami representa la bienvenida oficial a la «guerra contra el terrorismo». Las últimas técnicas de táctica y de propaganda fueron afinadas en Iraq, desde un ejército hollywoodense hasta una prensa militarizada, y ahora fueron usadas en gran escala en una importante ciudad de EE.UU.

«Este debe ser el modelo para la defensa interna», dijo orgullosamente el alcalde de Miami,

la guerra

Naomi Klein
La Vanguardia



Ilustración: J.D.

contra
los

disidentes

Manny Díaz, al aludir al operativo en que participaron más de 40 organismos de seguridad, desde el FBI hasta el Departamento de Pesca y Vida Silvestre.

Ahora que los activistas han sido transformados en extranjeros peligrosos, Miami podrá reclamar el dinero que se brinda para «la guerra contra el terrorismo». Por cierto, 8 500 millones de dólares gastados en seguridad durante la reunión del ALCA provenían de los 87 000 millones de dólares destinados a Iraq que Bush le sacó al Congreso el mes pasado.

Pero algo más que dinero se pidió prestado a la invasión de Iraq. La policía de Miami también invitó a periodistas a viajar con ellos en vehículos blindados y en helicópteros. Como en Iraq, la mayoría de los reporteros aceptaron con entusiasmo su papel de falsos soldados y se colocaron ridículos cascos de combate y flamantes chaquetas de camuflaje. Emisoras de televisión local, en lugar de cubrir las protestas, las sobrevolaron. Sus helicópteros mostraron imágenes de enfrentamientos, pero en lugar de oír las voces de los manifestantes rogando a los policías que cesaran sus disparos, solo se escucharon las voces de altos funcionarios policiales y de locutores lamentando lo que sufrían los agentes en la línea del frente.

El modelo de Miami para lidiar con la disidencia interna va más allá de una sola reunión. El domingo, *The New York Times* informó sobre la filtración de un boletín del FBI que revelaba «un esfuerzo coordinado, a escala nacional, para recolectar datos de inteligencia» sobre el movimiento contrario a la guerra en EE.UU. El memorándum señala en particular la vigilancia de activistas que participan en protestas totalmente legales. Anthony Romero, director ejecutivo de la Unión de Libertades Civiles de EE.UU., dijo que el documento revela que, «de manera peligrosa, el FBI está recopilando datos sobre los estadounidenses comprometidos en protestas legales y que discrepan» del actual gobierno.

«La línea entre terrorismo y desobediencia civil legítima ha sido desdibujada», añadió.

Podemos esperar mucho más de esas tácticas en el frente interno. De la misma manera en que las violaciones de las libertades ciudadanas aumentaron cuando Washington perdió control del proceso del ALCA, también la represión se incrementará cuando la gente de Bush se enfrente con la amenaza más grave: perder el control de la Casa Blanca.

Por cierto, Jim Wilkinson, director de Comunicaciones estratégicas del Comando Central de EE.UU. en Doha (Qatar) —el operativo que dio al mundo el rescate de Jessica Lynch— se ha mudado a Nueva York para encabezar las operaciones de prensa de la Convención Nacional Republicana.

«Estamos pensando en periodistas que participen», como aquellos que viajaron junto a los soldados en Iraq. «Estamos tratando de obtener nuevos e interesantes ángulos de cámara», explicó al periódico neoyorquino *Observer*.

La guerra está llegando a casa. ▀

N. KLEIN, periodista y autora de *No logo*, ha dado conferencias en las universidades de Harvard y Yale y en la London School of Economics © 2003 Naomi Klein Distribuido por *The New York Times Syndicate*.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n136_12/136_11.html

Sobre
un
devenir
no tan
ilógico

Rogelio Riverón
Cuba

último encuentro en Bogotá

demostrar que, si bien la dispersión insiste en marcar las culturas regional y globalmente, existen a la par zonas de confluencia, no importa si naturales, o si obligadas. A partir de un presupuesto que pudo parecerse poco original se propició en realidad un intercambio de ideas que nos convenció de que valen la pena, de vez en cuando, los encuentros así, por más que su inclinación académica, o al menos teórica, no nos garantice, de casi ningún modo, el contacto con editoriales, no importa su rango. Digamos que en Bogotá discutimos algunos aspectos de la creación literaria y su acomodo —o su incomodidad— en los contextos sociales, y perfilamos la idea de que, acaso, también el mercado del libro contribuya a una marginación de la literatura. El planteamiento es serio y lanzarse a un fundamentalismo supuestamente purificador no remediaría los problemas. Pero el hecho de que, cada vez que se reúnen, los escritores terminen hablando del mercado, refleja, ni más ni menos, un problema de manipulación. Los grandes grupos editoriales, cebados con la asimilación semiforzosa de las empresas demasado pequeñas como para eludir el naufragio, suelen progresar a partir de la creación de un canon que resulta, por lo menos, el doble de lo veleidoso que se dice del de Harold Bloom. *The Western Canon* será, entre otras cosas, un intento por englobar la interpretación artística al que el enclave del augur juega algunas trampas, pero su misteriosa lucidez siempre nos deja pensando. Otro es el canon de las megaeditoriales, basado en la discriminación de los géneros, en las ventas al seguro, en la predeterminación de sus megapremios. Uno sabe que para entrar a esos grupos hace falta algo más —a veces es preferible algo menos— que calidad estética, y en este caso parece improbable un fenómeno como el del cine independiente, que se dio el lujo —efímero, pero lujo al cabo— de prescindir de los productores omniscientes y tener mercado. Los grupos que dominan la edición del libro de ficción en Hispanoamérica, para no ir más lejos, se han dado a fabricar éxitos con una pericia industrial, mientras bloquean a sus virtuales destinatarios el acceso a una forma de lectura más natural y desprejuiciada. Quizás la circunstancia de que en el encuentro de Bogotá no nos topamos con ningún editor —ni con un agente literario— tratando de pillar un buen original sea solo eso: circunstancia, aunque nadie lo crea. Algunos de mis colegas de Centro y Sudamérica no llevaron a Colombia más libros que los que ellos mismos o algún patrocinador financiaron directamente en una imprenta, pues no abundan —o no hay— las editoriales para las cuales la escritura de ficción sea, primero, un acto de cultura. Organizados en cofradías que —lo saben— no les garantizarán la entrada a flujos promocionales de verdadera eficacia, esos escritores representan una especie de resistencia a la sordidez, por más que, en honor a la verdad, los responsables absolutos de su situación no sean los mercaderes del templo de los libros.

La nueva narrativa hispanoamericana —nueva con asterisco, pues la ficción literaria es víctima de cierta lentitud a la hora de que se nos asimile— parece estar marcada por la diversidad, por las diferencias que confluyen sin embargo, y con más o menos énfasis, en una visión descreída del entorno social, en

un realismo que acepta muchas veces trabajar con arquetipos, y entonces es capaz, ciertamente, de encallar en algunos *tics*, en una amargura previa que no se abre a otras significaciones, pero en no escasas oportunidades saca partido de lo circunstancial y de lo que no lo es con renovada astucia. Los narradores que acudieron a Bogotá en respuesta a la invitación del Convenio Andrés Bello, insistieron en subrayar el papel del escritor como parte de la conciencia de una sociedad que, en la mayoría de los países de Hispanoamérica, se debate en una crisis que emula los más umbrosos vaticinios. Esta idea, cuya vindicación en tal tono yo no esperaba y que es parte de una tradición en la que se entrelazan no solo los escritores realistas, y que no se limita a las obras de ficción, tampoco apunta hacia una actitud reproductora de los contextos sociales. Antes tiene que ver con una persistencia, con la convicción —quizás a flor de la letra; quizás freática— de que el hecho de escribir es grandioso en su esencia, y no cabe esperar ofertas para emprenderlo.

El pie forzado de las *Nuevas estéticas urbanas* dio lugar a una serie de ponencias —así se les llamó, con un formalismo inofensivo, aunque casi todas tendieron a ficcionalizarse— en las que afloraba la esencia corrosiva de la ciudad latinoamericana actual, con su incapacidad para organizarse, y sus desmesuradas diferencias, *summa* de proyectos sociales que, en la mayoría de los casos se proyectan solo hacia el caos. Aún así, la ciudad de nuestras ponencias no era el sitio que se condena *a priori*: en la relación con el individuo, novelesco o verificable en el día a día, esa ciudad también es entrañable, incluso amada en la detracción; el sitio en que se quiere estar contra cualquier encono. Basada en la contradicción, apresuradamente cosmopolita, dispersa en su realismo, dispuesta a ciertas apostasías en relación con el famoso *boom* de las letras del continente, la nueva narrativa de América Latina y, quizás en grado distinto, la de España parece, con todo lo de ambiguo que eso de «nueva» presupone, marcada por una especie de angustia, tal vez de cinismo, y puede exhibir una madurez que no siempre reflejan los grupos de poder editorial. La violencia, la constatación de lo marginal, la condición quebradiza del afecto, la soledad y el desengaño pudieran ser algunas de sus preferencias temáticas.

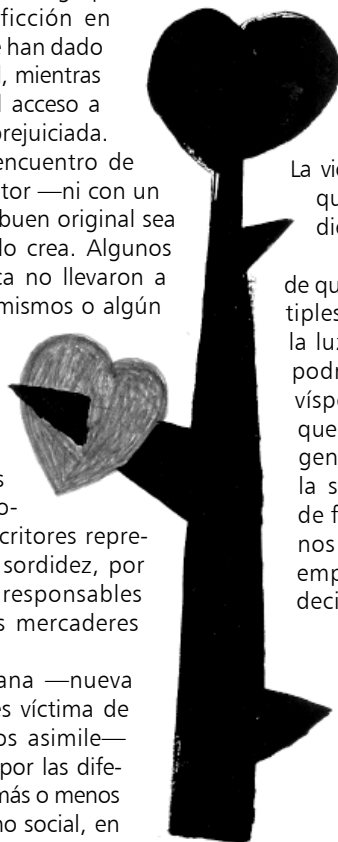
Particularmente, nunca me apresuré a corear aquello de que las rancias literaturas europeas, agotadas por múltiples circunstancias, debían darse cuenta de que ahora la luz provenía del sur. Sospeché que, de algún modo, podría sucederme lo que a Milan Kundera, quien, en vísperas de grandes desórdenes, creyó oportuno escribir que en Europa, en larguísimo tiempo, no habría más genios después de Picasso, ni más guerras después de la segunda conflagración mundial. Nuestra escritura de ficción no será campeona de muchas cosas, pero, si nos guiamos por lo que con paciencia, con saludable empecinamiento, se escribe ahora mismo, podremos decir que tampoco andamos a la sombra de nadie. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n136_12/136_02.html

Esperaba más frío en la encumbrada Bogotá, el lunes 3 de noviembre, cerca de las diez de la noche, cuando pude salir de los líos de la aduana, y caminé por el aeropuerto, solo todavía, tratando de identificar a quienes debían recibirme. Por mucho mirar no reparé enseguida en dos jóvenes que, delante de mí, se afanaban igualmente en dar con sus anfitriones. Eran colegas, invitados, como yo, al III Encuentro de Narradores de América Latina y España, que había preparado en la capital colombiana el Convenio Andrés Bello. Suspiré aliviado mientras les decía: *Menos mal que ya no estoy solo; han insistido en hablarme de la violencia aquí. Pues a mí no me preocupa*, me respondió uno, *yo vengo de Guatemala. Y yo de El Salvador*, añadió el otro, tendiéndome la mano.

Pespunteada de una llovizna que le es tan fiel como los cerros, marcada además por edificios —lo mismo un chalet que un rascacielos— cuyos ladrillos a vista pretendan, quizás, un vínculo esencial con su prehistoria, Bogotá no me arrendó nunca el espíritu displicente que suele acosar a los intelectuales. Me dejé deslumbrar por su belleza, sucumbí a la ilusión de que en Colombia no pasaba nada más importante que aquellas avenidas repletas de autos modernos; que aquellas callecitas laterales tan rotas como las de La Habana; que aquel Museo del Oro, donde convinimos en que tanta riqueza puede causar agobio, por más patrimonial que sea; y finalmente que el III Encuentro de Narradores, a donde nos había llevado el Convenio Andrés Bello. Para conocer al país —lo sabíamos— no eran suficientes cinco días, por más relaciones que estableciéramos, por más que, al filo de un fuegucillo empecinado en La Calera, un cerro a donde trepan los autos para que uno vea en la noche las luces de la ciudad, mi amiga Ruth me haya explicado: *Dicen que en esos montes aquí atrás se acodan los guerrilleros a observar lo que pasa allá abajo*. Tampoco deseaba llegar a Colombia provisto de un paternalismo que siempre es tonto, de una superioridad ridícula. Tenía mis expectativas y se estaban cumpliendo, sobre todo porque el Encuentro de Narradores, auspiciado además por la Pontificia Universidad Javeriana, la Universidad de los Andes, la Universidad Nacional de Colombia y la Asociación de Funcionarios Culturales Diplomáticos, resultó algo bien pensado, libre de otros formalismos que los imprescindibles.

Concretamente, debíamos satisfacer una demanda que los organizadores esbozaron de este modo: *Ciudad y literatura; nuevas estéticas urbanas*. Escritores de Argentina (Claudio Zeiger), Bolivia (Giovanna Rivero), Brasil (Marcelino Freire), Colombia (Efraím Medina, Cristian Valencia, Alonso Sánchez Baute y Antonio García), Cuba (Rogelio Riverón), Chile (Pablo Illanes), El Salvador (Edwin Ayala), España (Antonio Salinero), Guatemala (Javier Payeras), México (Luis Humberto Crosthwaite), Panamá (Carlos Wynter), Paraguay (José Manuel Pérez), Perú (Ricardo Sumalavia) y Uruguay (Henry Trujillo) íbamos a



los intelectuales y el apocalipsis cultural

viene de la página primera

Para comprometerse hace falta participar del circuito desigual del poder y la riqueza; hace falta aceptar y sublevarse al mismo tiempo contra los propios privilegios. Por su particular relación con los instrumentos de trabajo y con el espacio público, los «intelectuales» pertenecen al mismo grupo social que los banqueros y los hombres de Estado. ¿Por qué estos, sin embargo, ponen tanto empeño en abducirlos, sobornarlos o a veces silenciarlos?

Porque por la propia naturaleza de su oficio, por la naturaleza también de la materia prima que manipulan, su genealogía es de algún modo transversal a las clases y su estatuto mundano se asienta en una independencia virtual que no puede ser nunca «comprada» de una vez: el lenguaje es la única sustancia que no puede ser completamente «privatizada» (por eso, como veremos, la alternativa es destruirlo por completo). Por un lado, el intelectual es dueño de sus instrumentos de trabajo y puede reconocerse, al contrario que los obreros y campesinos, en el producto del mismo; por otro, al contrario que los asalariados del sector servicios, liberados como él de las penalidades directamente físicas, introduce en el mundo una «obra»; finalmente esta obra, por su definición y ejecución misma, se propone al «juicio», el cual —como sabemos desde Kant— es precisamente la condición misma de todo espacio público o compartido. Libres de la inmanencia de la labor, virtualmente independientes de los dueños de los medios de producción por la naturaleza misma de la materia que manipulan (colores, ideas, palabras), estas figuras fronterizas se inscriben en la esfera pública, exigen la existencia de un mundo compartido, abren y presuponen el recinto de un espacio común. Los obreros, campesinos y asalariados en general, están sujetos a un régimen de producción social, pero ellos mismos son segregados del espacio público; los escritores, los filósofos, los artistas, al contrario, ejecutan su obra en un régimen de producción individual, pero pertenecen desde el principio al espacio público. Manipulan la materia sin estar encadenados a ella; se inscriben en el espacio público sin tener que encadenar a nadie. Esta relación única y particular, al mismo tiempo, con «la materia» y con «el público», les coloca en una posición privilegiada. En un sentido pertenecen al mundo de los pobres y sometidos; en otro, al de los ricos y poderosos. Operan con instrumentos, como los demás trabajadores, pero apropiándose de ellos en el mismo acto de usarlos; acumulan tanto capital cultural y simbólico como los ricos y poderosos, pero sin tener que arrebatarlo a nadie.

Tienen, pues, la posibilidad de «comprometerse», de inclinarse hacia un lado o hacia otro, de decidir públicamente el destino de sus obras. Esta posibilidad es peligrosa y por eso los ricos y poderosos han tratado siempre, de una manera o de otra, de adueñarse también de la materia prima de los escritores y los artistas, como se adueñan de la materia prima de los albañiles, los torneros y los campesinos; han tratado siempre de someter, corromper y, en último extremo, silenciar las líneas y las palabras. Casi siempre lo han conseguido. En la sociedad capitalista, lo veremos mediante un procedimiento propio que en los centros primermundistas necesita un ejercicio cada vez menor de violencia.

Las cosas, por supuesto, no son así de simples, pero a veces es útil

—amén de expeditivo— simplificarlas. En todo caso, la materia prima que manipulan los así llamados intelectuales es el lenguaje y el lenguaje es una sustancia muy rara, una cosa que está al mismo tiempo dentro y fuera de nosotros, una cosa nuestra y una cosa de todos, una cosa privada e inmaterial como un dolor de cabeza y una cosa al mismo tiempo dura, mensurable, social como un ladrillo. Su enorme poder tiene que ver precisamente con esta su doble naturaleza, mental y pública, en virtud de la cual si nadie puede apoderarse enteramente de él, como se apodera uno de un cuerpo o de un territorio, tiene simultáneamente la objetividad de un dolmen o de una silla. Su enorme poder, su enorme peligro, reside en que nos parece propio porque es subjetivo —y lo creemos siempre resultado de nuestra inalienable soberanía— y nos parece seguro, fiable, común, porque es público y objetivo.

Veamos. Hay ciertas convicciones que no podemos probar, pero que más vale no tocar; ciertas convicciones cuya verdad es indemostrable, pero sin las cuales no habría nada que demostrar ni nada por lo que luchar. Son convicciones, si se quiere, performativas, organizativas, socialmente constructivas. Son convicciones, en general, que tienen que ver con una cierta unanimidad inconsciente —de la que participan incluso los marines y los banqueros— en torno al supuesto de que no todos los hombres ni en todas las ocasiones actuamos por interés, bajo presiones o por obediencia debida. Puede parecer una ingenuidad de mi parte semejante afirmación, pero sin ingenuidad, que habitualmente es operativa precisamente porque no se afirma, no nos atreveríamos siquiera a preguntar la hora o la ubicación de una calle a un desconocido. Por muy mala que sea la opinión que tengamos de nosotros mismos, por mucho que desconfiemos de la naturaleza del ser humano, todos los días, a todas horas, estamos confiando alegremente nuestra vida, nuestras propiedades, nuestra seguridad, nuestros placeres, a intervenciones ajenas que el cálculo o el interés, de alguna forma, «inmovilizarían». En este sentido hay toda una serie de actividades que preceden al contrato social mismo, sin las cuales no podría haber ningún tipo de contrato social, y que entrañan un «compromiso» auto(eu)regulado —como pedantemente lo llamaba en otro sitio— independiente, pues, de las instituciones donde esa actividad se realiza y de las ventajas que se obtienen de su práctica. (...)

Conviene creer que los periodistas, los escritores, los filósofos solo se guían por el amor a la verdad, la objetividad y el rigor desinteresado. Conviene creer, en general, que la base del lenguaje mismo consiste en una involuntaria, incontrolable pureza; en eso que Habermas llamaría una impersonal «racionalidad comunicativa».

Esta convicción es la posibilidad misma de un entendimiento entre los hombres, de esa inmaterial ciudad compartida sin la cual sería imposible no solo obtener la sal del comensal con el que compartimos la mesa, sino jugar al ajedrez, disfrutar de los poemas de Leopardi, Lorca y René Char o entender el mecanismo de un automóvil o los libros de Kant (y aumentar así, y mejorar mínimamente, nuestro mundo).

El presupuesto de esta «pureza» es, pues, la condición de todo entendimiento. Solo podemos entendernos si: a) admitimos que las

cosas están ya enlazadas fuera de nosotros a través de las palabras y si este enlace se caracteriza por su estabilidad semántica; es decir, si los nombres significan siempre lo mismo o si sus desplazamientos son geológicos y tienden a estabilizarse; y b) si aceptamos que el lenguaje (como los padres, los médicos y los jueces) se puede pervertir pero no es en sí mismo perverso; o, lo que es lo mismo, si damos por supuesto que la mentira, gramaticalmente coherente, no pertenece a la esencia del lenguaje. «El mentiroso», decía Hannah Arendt, «hallará imposible imponer la mentira como principio». Nadie haría nunca una pregunta si esperase siempre una mentira; nadie aceptaría una promesa si el lenguaje mismo no fuese una sustancia comprometida. El terrible poder del lenguaje tiene que ver con su «pureza» y con la capacidad de los hombres para malversarla y corromperla. A los intelectuales, en cuanto que depositarios, espeleólogos y «cuidadores» del lenguaje, se les supone —como el valor en la mili— la «pureza» del instrumento que manipulan y es solo culpa suya si los hombres dejan de creer en ella. Es bueno, es necesario, que crean en ella. Nos puede parecer muy irritante el escándalo con que se recibió la «fatua» de Jomeini contra Rushdie en contraste con la indiferencia con que aceptamos la muerte de 35 inmigrantes en una patera, pero este «escándalo» entraña un homenaje espontáneo, una espontánea afirmación de la necesidad social —independientemente de que Rushdie cumpla o no sus preceptos— de la defensa del lenguaje y de su frágil «pureza» inmanente. Nuestra convicción, nuestro compromiso con la «pureza» del lenguaje es tan grande que los propios gobiernos —y los medios de comunicación a ellos unidos— la explotan en sus maniobras propagandísticas y legitimadoras: así, por ejemplo, los detenidos por «terrorismo» en Cuba son siempre «intelectuales» o «periodistas» y, al contrario, intelectuales y periodistas como Taiser Alouni, Pepe Rey o Martxelo Otamendi —por citar algunos casos familiares— son siempre detenidos por «terrorismo». Esta pureza presupuesta, por lo demás, al igual que en el caso del padre, del médico y del juez, hace más fáciles, impunes y peligrosas sus violaciones: el éxito de casi todas las manipulaciones se basa, en efecto, en la confianza de los hombres en la objetividad del lenguaje. Y debemos combatir la manipulación, la mentira y el engaño —y a sus artifices— no solo porque legitiman y lubrican la injusticia, la dictadura y el crimen, sino por el modo en que destruyen esta confianza.

Pero el poder del lenguaje, —y el éxito de sus corruptoras manipulaciones— no reside solamente en nuestra inconsciente confianza social en su pureza y objetividad, sino en el hecho, asimismo, de que esta confianza aumenta y se refuerza cuanto más «público» es el uso que hacemos de él. Creemos menos en las palabras de amor de nuestra novia que en las de Lorca. Del mismo modo, el pescadero nos puede engañar; el ministro, no. La propia Hannah Arendt, antes citada, comentaba así en 1971 las manipulaciones del gobierno de EE.UU. para prolongar su intervención en Vietnam después de que salieran a la luz los llamados Documentos del Pentágono: «En la pugna entre las declaraciones públicas, siempre superoptimistas, y los informes ciertos de los servicios de información, persistentemente fríos y ominosos, las declaraciones públicas estaban abocadas a ganar simplemente porque eran públicas».

Evidentemente, a mayor poder y mayor riqueza, más «público» es el uso que hacemos del lenguaje. El poder de convicción de los grandes periódicos y canales de televisión, en este sentido, reside menos en su buena o mala factura que en su existencia misma. Cuanto más concentrado está el poder y la riqueza en las propias manos, por otra parte, más posibilidades existen de ser creído. Un gobierno o una oligarquía dueños absolutos del espacio público constituyen una dictadura también en el sentido de que lo primero que dictan es la «credibilidad»; son inevitablemente autoritarios porque autogeneran su propia legitimidad. Por

el contrario, los medios alternativos que dicen la verdad o los disidentes que se oponen a una dictadura, tienen menos posibilidades siempre de ser creídos porque les desautoriza su propia oscuridad o su propia clandestinidad. Es lo que llamo la maldición de Apolo: a Casandra, la hija de Príamo, que solo anunciaba la verdad, la había escupido el dios en la boca y por eso nadie la creía. Esta es la ley mágica, imprescindible y terrible de la objetividad lingüística: las mentiras, los insultos, las llamadas al exterminio, «en público» son moderadas y razonables; las verdades, las denuncias bien fundadas, las llamadas a la paz, en privado son demagógicas, radicales y «terroristas».

Edward Said definía al intelectual por el uso público del lenguaje y hemos examinado rápidamente las condiciones generales del lenguaje y de su dimensión pública. Pero, ¿de qué lenguaje estamos hablando concretamente? ¿A qué espacio público nos referimos? Imaginemos ahora un mundo en el que se diese por supuesto que los padres maltratan a sus hijos, que los médicos están interesados en la enfermedad —y no en la curación— de sus pacientes, que los jueces prevarican y que los periodistas y los intelectuales mienten; un mundo en el que se aceptase que el principio de las instituciones fuese la corrupción y el principio del lenguaje, el embuste; en el que el término «publicidad» aludiese no la objetividad y el control político del pueblo —como quiso la Revolución francesa— sino al derecho de los apetitos subjetivos y los intereses privados a hacer propaganda de sus ambiciones en público, en todas las paredes, en todos los formatos, en todos los recintos; en el que ya no hubiese nada impersonal, nada auto(eu)regulado; en el que el agua, la luz, las medicinas, las semillas, los colores, el amor, las palabras, se confiaran a la gestión personal de los peores. Un mundo así es absurdo; no sería un mundo. En un mundo así no habría nada estable, nada razonable, nada justificable, nada defendible, nada tangible, nada seguro. En un mundo así no habría ley ni instituciones; no habría ni siquiera literatura. (...)

Recordando reflexiones que he hecho en otro lugar, lo que caracteriza a la sociedad capitalista «como sociedad» es que no distingue entre cosas de comer, cosas de usar y cosas de mirar; es decir, entre objetos de consumo, objetos fungibles y maravillas.

Esta división, con su diferente distribución según épocas y lugares, ha sido respetada por todas las culturas de la Tierra mientras ha durado el neolítico, como sello precisamente del abandono de la naturaleza, como marca diferencial de la civilización humana. Pues bien, la ley íntima de la reproducción capitalista es la de no hacer diferencias, la de tratar a los hombres como a las cosas y la de tratar las cosas sin distinguir entre texturas ni funciones, fuera del espacio, de sus reglas y de las relaciones que la acompañan. La ley íntima del capitalismo exige a «su» sociedad tratar las patatas, las mesas y los cuadros de la misma manera; es decir, «como patatas».

Tratar las chucherías, los automóviles y el lenguaje democráticamente: es decir, «como chucherías». La ley íntima del capitalismo es la de sustituir al hombre libre por el hambre libre y «comérselo todo sin distinción», las manzanas, las lavadoras, las palabras, las imágenes, bajo la forma «mercancía», envoltorio místico de una comestible civilización de chocolate. Consumir —lo olvidamos con frecuencia— significa destruir; comer significa hacer desaparecer las cosas en un proceso al mismo tiempo crecientemente rápido e infinito. La velocidad misma del consumo capitalista, con su renovación ininterrumpida y acelerada de las mercancías, ha acabado por imponer a la sociedad humana un régimen de catástrofe permanente en el que ya no tenemos tiempo ni para usar nuestros instrumentos y herramientas ni para contemplar nuestras «maravillas», esas cosas «dignas de ser miradas» (según su acepción etimológica), indispensables para crear un espacio público, un espacio común, donde sean posibles la distancia, la discusión y el contrato (incluida esa forma particular de «contrato» que es el arte).

El hambre generalizada es incompatible con un espacio político; pero es una amenaza también para «el lenguaje mismo». El mercado, que no puede comprar o privatizar enteramente el lenguaje, está a punto de destruirlo al alterar las condiciones mismas de su objetividad: la estabilidad semántica y el principio inmanente de verdad. En los años 70 el antropólogo italiano De Martino llamaba la atención sobre ciertas crisis históricas recurrentes que él definía como épocas de «apocalipsis cultural», caracterizadas por una subversión y fragmentación del sentido y materializadas en dos fenómenos paralelos: la oligosemia y la polisemia. La oligosemia implica un empobrecimiento radical del significante, acompañado en el ámbito de la conducta del confinamiento en estereotipos rígidos y fórmulas sumarias (los fanatismos, por ejemplo, que reducen su universo lingüístico a dos o tres palabras transformadas en preceptos). La polisemia, por el contrario, entraña un enriquecimiento excedentario del sentido que suspende de algún modo la significación: la palabra «genocidio», por ejemplo, está tan sobreesemantizada que ya no significa nada (¿y qué decir del término «donante», empleado recientemente para nombrar a los saqueadores de Iraq reunidos en Madrid? ¿O de la expresión «cielos abiertos», nombre dado por las compañías aéreas al acuerdo mediante el que pretenden repartirse el espacio aéreo del planeta?). Ambos fenómenos juntos, oligosemia y polisemia, cierran el horizonte del entendimiento, suprimen las condiciones mismas de la comunicación.

Al hilo de la crisis diplomática y política que precedió a la invasión de Iraq y con no menos perplejidad desde entonces, no hemos dejado de preguntarnos cómo es posible que se haya ejecutado a un país a pesar de o mediante la utilización de mentiras flagrantes y de declaraciones falsas. Por primera vez quizás en la historia, la mayor parte del planeta ha sabido que las justificaciones dadas para la intervención eran vergonzosamente insostenibles y no ha pasado nada; incluso periódicos de gran difusión, partidos políticos y jefes de Estado de naciones poderosas han dejado claro que no se creían los alibís de EE.UU. y no ha pasado nada. Por primera vez todos sabíamos y todos declarábamos en voz alta la verdad y no ha pasado nada. ¿Por qué Bush puede seguir hablando de las armas de destrucción masiva de Saddam Hussein?

¿Por qué Aznar y Berlusconi pueden seguir hablando de «misiones de paz» en Iraq?

¿Por qué, en otro orden de cosas, el diario *El Mundo* puede defender la constitución en el Estado español y el golpe de Estado en Venezuela? ¿Por qué el diario *El País* puede apoyar el asalto al Parlamento de Yeltsin en 1991 o el derrocamiento «popular» de Milosevic en el 2000 y calificar en cambio de golpistas a los ayamaras rebeldes en Bolivia en el 2003? ¿Por qué el juez Garzón puede denunciar en el mismo periódico en 1998 la legislación antiterrorista como potencialmente encubridora de torturas, y defender públicamente y aplicar de hecho esa legislación para encarcelar a vascos disidentes, negando al mismo tiempo que haya torturas? Nos creemos una cosa y otra, aunque sean contradictorias entre sí, porque se trata, en efecto, de declaraciones «públicas». Pero hay más. Ya no es ni siquiera un problema de «creer»; se trata de que ese «espacio público» es un sistema de destrucción generalizada, una trituradora de hombres y de cosas, pero también de opiniones, declaraciones, promesas y acontecimientos.

(...)

Por lo demás, hay que decir que esta suspensión de las condiciones mismas de las diferencias civilizadas (verdad/mentira, sí, pero también guerra/paz, civil/militar, objetos de consumo/de uso/maravillas) bajo la presión estructural del régimen de renovación acelerada de las mercancías, debe llevarnos a abandonar toda ilusión de cambiar las cosas «desde dentro», de infiltrarnos en sus periódicos y medios de comunicación, en sus empresas y sus órganos de decisión para darles la vuelta desde el interior. Nada incomoda, nada importa, nada compromete. Es necesario operar desde fuera y contra ellos. Decía Said

que los «intelectuales» lo eran en la medida en que «no se dejaban reclutar a voluntad por gobiernos o multinacionales». ¿No hay, pues, intelectuales? Las editoriales en que publican pertenecen todas, con muy pocas excepciones, a tres o cuatro grupos con inversiones en la industria del armamento, de la alimentación o de la energía; los periódicos en los que escriben extienden sus tentáculos a compañías hidráulicas y petrolíferas en Asia y Latinoamérica; las televisiones desde las que pontifican son propiedad de los propietarios del mundo. Si nuestro espacio público es el mercado, los «intelectuales», para serlo, tienen que «desconectarse» de él. (...) Desconectarse es difícil, como bien lo expresaba Bertolt Brecht en visperas de la II Guerra Mundial, en un llamamiento a los «intelectuales» de su época de título *Cinco obstáculos para decir la verdad*: «(el intelectual) no debe doblegarse ante los poderosos, no debe engañar a los débiles.

Por supuesto que es difícil no doblegarse ante los poderosos y, en cambio, muy ventajoso engañar a los débiles. No agrada a los potentados significa renunciar a la propiedad. Renunciar al pago por trabajo realizado supone, según los casos, renunciar al trabajo y rechazar la fama entre los poderosos implica muchas veces rechazar la fama enteramente. Para ello hace falta valor». Así están las cosas hoy también. Alguien añadirá que renunciar al trabajo y renunciar a la fama es renunciar también al «público», y renunciar al «público» significa renunciar asimismo a ser creído. Ya he explicado por qué aferrarse a él, en estas condiciones, significa renunciar a ser «decisivo». En cualquier caso, los poquísimos que lo han hecho, los pocos grandes que han decidido apartarse del mercado, esas excepciones ante las que debemos inclinarnos con admiración y respeto, demuestran con su tesón y su coraje que, si podemos alimentarnos y divertirnos sin aceptar sobornos, también podemos avanzar con poco público. De hecho hoy, por primera vez en la historia de la disidencia, contamos con medios alternativos de información y producción intelectual desde los que podemos, extramuros del mercado, ampliar nuestro abrazo y empequeñecer e incluso aislar, con paciencia y trabajo, el de los monopolizadores del espacio público.

Lo que no podemos hacer es engañarnos. No podemos creer demasiado en los «intelectuales», aunque sí en algunos escritores, algunos dramaturgos, algunos periodistas y algunos pintores. (...) Desgraciadamente los ricos y poderosos han triunfado casi siempre en su propósito de sobornar, abducir o silenciar a los centinelas del lenguaje y solo excepcionalmente, cuando el capitalismo ha abandonado su forma «temerosa» y «liberal» para mostrarse en «su forma más desnuda y brutal» (nos decía también Brecht), han renunciado a sus privilegios y comodidades. La última vez fue frente al fascismo. Después y durante cincuenta años, egitimados además por esa victoria, pudieron creer que vivían por fin en un mundo donde las palabras podían aspirar a ser sencillamente bellas y los hombres a ser sencillamente buenos. No hay que olvidar, sin embargo, que la «guerra fría cultural» —por citar el título de la impresionante obra de investigación de Frances Stonor Saunders— fue concebida y dirigida por algunos notables «intelectuales»: «Detrás de la aún no estudiada nostalgia de la Edad de Oro de la inteligencia americana», nos dice su autora en las últimas líneas, «había una verdad demoledora: las mismas personas que leían a Dante y fueron a Yale y se educaron en la virtud cívica, reclutaron nazis, manipularon el resultado de elecciones democráticas, proporcionaron LSD a personas inocentes, abrieron el correo de miles de ciudadanos

americanos, derrocaron gobiernos, apoyaron dictaduras, tramaron asesinatos y organizaron el desastre de Bahía de Cochinos». No hay que olvidar tampoco que, con casi las únicas excepciones del vituperado Jean-Paul Sartre y el propio Bertolt Brecht, los nombres más respetados, los más admirados, algunos de los que yo mismo he leído con más provecho y placer, participaron, consciente o inconscientemente, en esta gran operación de *marketing* capitalista: Orwell, Hannah Arendt, Navokov, Borges, Ignazio Silone y una lista interminable de enanos y gigantes a los que se había encargado de cuidar y proteger nuestra ciudad lingüística común.

¿Qué hacer, pues? ¿Dejar de leer a Orwell y a Arendt? ¿Renunciar al placer de su lectura, condenarlos, quemar sus libros? No, denunciar esta otra «traición de los clérigos» y no seguir su camino; despertar más bien a los Orwell, los Arendt y los Silone de nuestros días y convencerlos de que las últimas líneas del libro de Saunder no describen solo la realidad que sus antecesores ignoraron, sino la de nuestro presente inmediato; convencerlos de que, sin la oposición distractiva de un bloque soviético, tenemos que enfrentarnos sin ambages, todos juntos, a un nuevo fascismo, un fascismo —anunciaba otra vez Brecht— ahora «democrático» y «humanitario» que está amenazando, al mismo tiempo, la justicia, la dignidad, la vida y el lenguaje.

(...)

En su hermosísima primera novela *Un pintor de hoy*, John Berger planteó en 1958 el dilema de un viejo pintor húngaro que creía verdaderamente en la pintura y creía verdaderamente en el socialismo, y que justamente en el momento en el que inesperadamente alcanzó el éxito que perseguía desde hacía años decidió «desconectarse» y huir de nuevo a su pasado de militante, consciente de que en determinados momentos no se puede ser verdaderamente las dos cosas a la vez. «La manera de luchar depende de la situación en la que nos encontremos», escribe en su diario Janos Lavin, el protagonista. «Las maneras en que emplean la pistola o la reunión clandestina de urgencia no suelen ser muy duraderas. Claro está que siempre estamos en una situación urgente. Que se lo digan si no a mis camaradas políticos.

Pero si un hombre escoge o se ve obligado a estar continuamente resolviendo situaciones urgentes, tendrá que dejar de ser artista». Siempre, es verdad, hemos estado en una situación urgente, pero quizás después del 11-S la situación es más perentoria que nunca. Vivimos una gran crisis, la más grande tal vez en sesenta años, y el «intelectual» tiene que tomar una decisión.

Curiosamente es el propio Berger, quien también renunció a la pintura, el que mejor defiende el arte, al mismo tiempo, de los escépticos postmodernos y de los malos socialistas; y el que siempre defendió la escritura como un potencial elemento de transformación: «Hay muchos pintores o escritores», escribe su personaje, «que no quieren mejorar el mundo, sino simplemente divertir o justificarse a sí mismos: esos hombres no son artistas. Hay otros que anhelan mejorar la condición humana, pero que, en términos de su propio arte, apenas aportan nada. (...) Al artista importante se le ocurre de hecho la forma en la que él puede mejorar el mundo. La mejora es mínima. La originalidad de cada artista es muy pequeña. Y además debemos tener claro lo que entendemos por mejora. No tiene nada que ver con la moral. (...)

Para el artista la mejora es en gran medida una cuestión de mayor precisión al contar la verdad tal como la ve». En la crisis de hoy, que amenaza por igual a los hombres y a las palabras, el dilema de nuestros «intelectuales» en Occidente no es todavía entre la escritura y la pistola (los pintores y escritores de Iraq no tienen tanta suerte); el dilema es el de explorar un solo género y un solo registro, acumulando

honos que siempre se sospecharán inmerecidos, o el de multiplicar su fuerza, con pocas recompensas y escasos elogios, para cubrir al mismo tiempo al menos tres frentes con su escritura:

— hay que escribir para transformar el mundo.

— hay que escribir para producir las obras que se leerán en ese mundo transformado.

— y hay que escribir para proteger el derecho a la escritura, amenazado por el hambre estructural del capitalismo.

Para esta tarea, los pequeños escritores tendremos que hacernos grandes y los grandes escritores tendrán que hacerse inevitablemente pequeños. Y todos, grandes y pequeños, tendremos que aceptar los riesgos.

Acabo. He comenzado diciendo que no soy un incrédulo. Aparte de algunas otras pequeñas cosas, creo en la buena literatura y en la legítima resistencia de los pueblos.

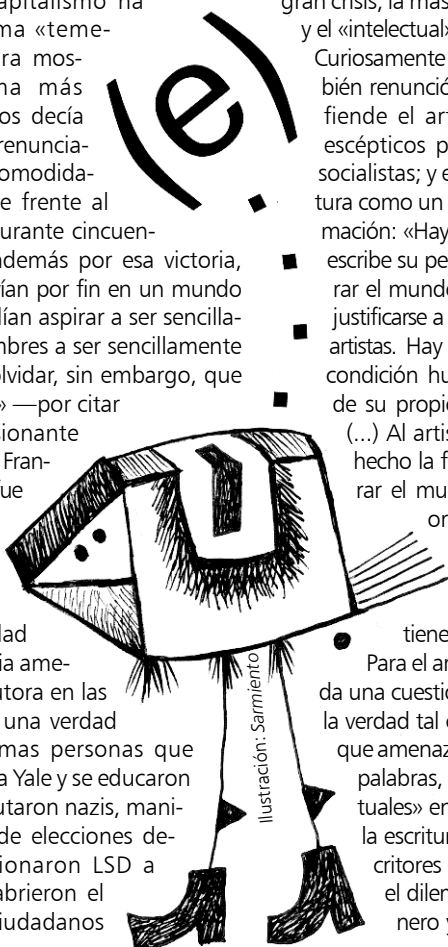
Por el más elemental sentido de la cortesía he reprimido varias veces, a lo largo de esta intervención, el deseo, casi la necesidad, de citar a Alfonso Sastre, presente aquí a mi lado. El único intelectual vivo del Estado español que se ha ceñido a lo largo de toda su vida a la definición de Edward Said y a los preceptos —literarios y políticos— de Bertolt Brecht. Digo el único sin menoscabo de otros igualmente comprometidos, algunos de los cuales participan precisamente en estos encuentros, porque la importancia y calidad de su obra lo emparran más estrechamente que a ningún otro con los dos nombres citados. Alfonso Sastre cree verdaderamente en la literatura y cree verdaderamente en el socialismo; cree que un verdadero escritor comprometido es un escritor comprometido con el lenguaje; ha creído siempre que «desconectarse» del capitalismo es conectarse a la verdad y a la buena literatura; y no ha desdeñado nunca, además, volverse pequeño cada vez que hacía falta una mano más, una palabra más, en una brega de urgencia. La cita con la que termino no está sacada de su excelente librito *Los intelectuales y la utopía*, lo que vendría muy al caso, ni de su vasta obra teatral, hoy más indispensable que nunca, sino de un texto por el que siento especial aprecio, *Diálogo para un teatro vertebral*, en el que Alfonso Sastre teoriza sobre el teatro y la literatura como refinadísimos, potentísimos instrumentos para —como decía Berger— contar «con mayor precisión» la verdad; un texto, en el que responde afirmativamente al dilema del poema de César Vallejo, en el sentido de que, en efecto, cuando un obrero se cae de un andamio es más perentorio que nunca «innovar el tropo y la metáfora». Y más aún si todo un país, todo un mundo, son derribados andamio abajo con sus viejas metáforas y sus tropos ya inservibles.

«Las metáforas nos ayudan», escribe, «mediante la autonomía del nivel poético, al desvelamiento de la realidad, a ese desvelamiento... que es la verdad. Mientras que las alegorías, mediante la heteronomía de ese nivel poético, destruyen este nivel o, al menos, lo deterioran gravemente, ¡y tampoco funcionan, claro está, como discurso propiamente ideológico, pues que se han vestido con andrajos de la imaginación poética! Es por lo que siempre hemos dicho que una obra de intención política debe ser, antes que nada y sobre todo, una buena obra poética. Desengañémonos: es la realidad la que con frecuencia miente; la que se presenta muchas veces a nuestros ojos como una negación de la verdad. Y toda identificación entre realidad y verdad 'es una mentira'».

Hasta aquí la cita; hasta aquí mi intervención. Gracias a la Asociación Cultural Alfonso Sastre por invitarme a esta mesa; gracias sobre todo a Alfonso Sastre por ser al mismo tiempo tan grande y tan pequeño. ■

Intervención en los ASKE encuentros 2003, Donosti 18, 19 y 20 de noviembre, sobre el tema «El retorno de los intelectuales a la realidad».

http://www.lajiribilla.cu/2003/n134_11/134_17.html



Bajo el desgobierno de José María Aznar, España galopa hacia la extrema derecha. La imagen que proyecta es la del estado más reaccionario de Europa. Como aliada de los EE.UU., España cumplió un papel degradante en los meses que precedieron a la agresión a Iraq. No ha cambiado desde entonces. A Aznar le gustaría que su país hubiera desempeñado en la guerra tareas más importantes, como ocurrió con Gran Bretaña. Pero las fuerzas armadas españolas no disponen de los medios, de la capacidad y de la tecnología de las británicas. Sin embargo, ocupada Bagdad, Aznar no solo envió 1 300 soldados a Iraq, sino que se desplazó a Centroamérica en misión de Bush para convencer a países de la región a enviar tropas a Mesopotamia. Esa pobre gente más parece un ejército de opereta que una fuerza combatiente. Algunos hondureños ya han dejado sus esqueletos en Iraq, sin siquiera saber por qué murieron.

Los pueblos de España empezaron desde luego a pagar la factura de la política de total sumisión del gobierno de Aznar al sistema de poder de los EE.UU. La retirada del personal de la embajada de Bagdad y las primeras muertes de españoles abatidos por la resistencia —entre ellos siete agentes secretos— son el prólogo de un desastre de grandes proporciones.

El asalto del capital financiero español a América Latina asume aspectos avasalladores.

En algunos países del hemisferio las inversiones españolas ocupan ya el primer lugar, superando a las estadounidenses.

No sin ironía, hace dos años la revista *Newsweek*, en un artículo de portada titulado El regreso de Cortés, llamó la atención respecto a esa invasión de nuevo tipo y su agresividad.

Telefónica, Repsol y dos grandes bancos, el Santander y el Bilbao y Vizcaya se esfuerzan por abrazar el mundo latinoamericano con sus tentáculos.

Newsweek, la gran revista representativa del establishment estadounidense, no mintió al llamar la atención a una situación mal conocida: el capital financiero llegado de España opera en el continente con más crueldad que la mayoría de las empresas norteamericanas.

En Brasil la adquisición por el Santander del Banco del Estado de Sao Paulo-Banespa se concretó en circunstancias anormales. El negocio y sus consecuencias provocaron escándalo. Hubo despidos masivos, protestas y huelgas. Los banqueros brasileños definen los métodos de gestión introducidos —tal como ocurrió en las empresas compradas por la Telefónica— como típicos del capitalismo salvaje.

En lo que concierne a las inversiones españolas, Cuba es quizás en América Latina el único país que, a través de una legislación adecuada, las controla, impidiendo que su presencia sea contraria a los intereses nacionales.

Sería una ingenuidad atribuir exclusivamente a Aznar la responsabilidad por la entrada torrencial en América Latina de las transnacionales españolas. El capitalismo es un sistema que utiliza a los hombres de que precisa según la circunstancia.

Hay que recordar que la invasión del capital español comenzó durante el gobierno de Felipe González, del PSOE, en realidad un socialdemócrata convertido al neoliberalismo.

Desde luego, fue ya con Aznar en el poder que Felipe González envió a su amigo De la Rúa, como asesor económico, a Carlos Solchaga, ex ministro de Industria del PSOE. Como era natural, el Consejero y el Presidente se entendieron a las mil maravillas. Son vino del mismo tonel. El resultado de la política de La Rúa (continuación de la de Menem) es bien conocido: la casi bancarrota que precipitó a la Argentina a la más grave crisis de su historia.

La presencia de Kirchner en la Casa Rosada suscitó preocupación en Madrid. Las transnacionales instaladas en la Argentina temían que sus privilegios fueran afectados por la política del nuevo Presidente.

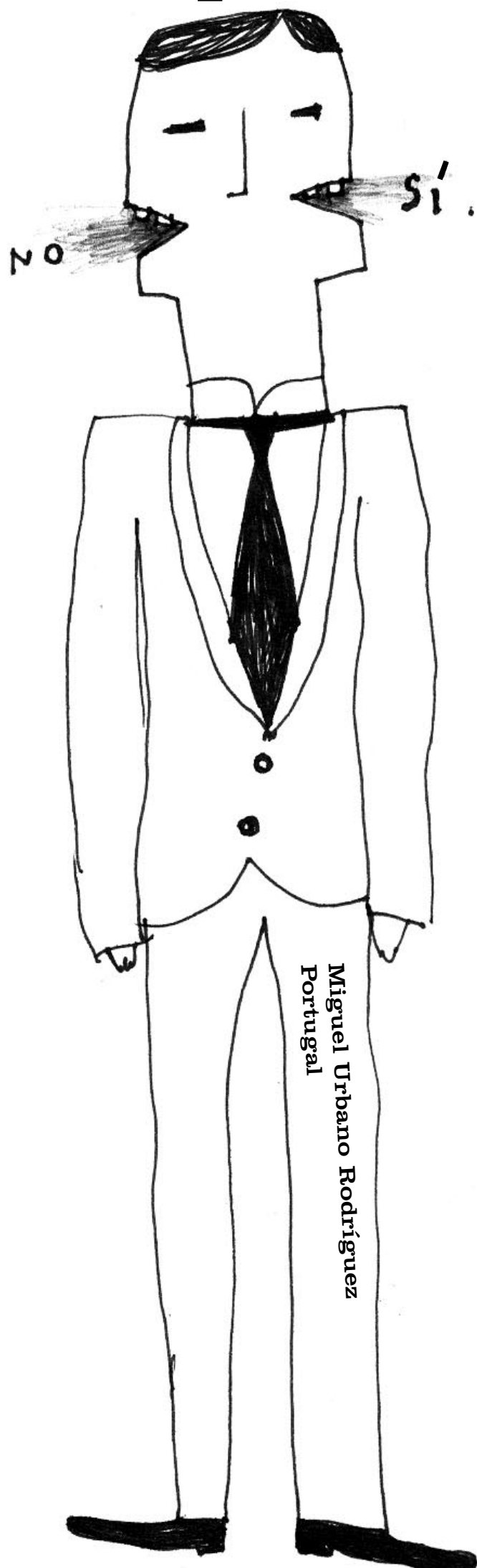
La visita del Rey de España en noviembre a la gran República del Plata fue un reflejo de esos temores. El viaje dio origen, desde luego, a una ola de comentarios contradictorios. Juan Carlos de Bourbon cultiva la imagen de un monarca democrático, sin ambiciones. Pero es evidente que el rey mantiene las mejores relaciones con personalidades representativas del gran capital. En su viaje a la Argentina, abriendo una excepción, muy comentada, llevó en el equipaje, como amigo personal, a Francisco Luzón, el brazo derecho del hombre fuerte del Santander. El jefe del gigante bancario no pudo seguir en la comitiva porque contra Patricia, su hija, directora internacional del grupo, fue emitido en Buenos Aires un mandato de captura.

Portugal: El objetivo oculto

En Portugal, la invasión del capital español presenta características aún más preocupantes que en América Latina.

Estamos ante una ofensiva global que es, simultáneamente, financiera, comercial y cultural, y que produce efectos en casi todos los sectores de la vida nacional.

La nostalgia de la derecha española



Inseparable de una estrategia con objetivos políticos inconfesables, configura una amenaza a la propia identidad portuguesa.

La penetración del capital financiero es acompañada de inversiones masivas en áreas tan diversificadas como la industria, el comercio, los espacios urbanos, la agricultura, el turismo, la comunicación social. No escapan a esa invasión ni las profesiones liberales.

En la última década, España ha pasado a ser el primer socio comercial de Portugal¹. Casi no comemos ya la fruta portuguesa, sustituida por la española. Hasta el pan y los helados españoles invaden los supermercados. Utilizando las puertas abiertas por los mecanismos de la Unión Europea, el diluvio español mezcla la comida con el vestuario, los electrodomésticos y con la compra en Lisboa y Oporto de cuadras enteras.

Ahora, al primer ministro Durao Barroso le fascina la idea de enviar enfermos portugueses a hospitales españoles. El hombre contempla Madrid como sede imperial con la devoción de los virreyes del Perú y de México en la época de los monarcas de la Casa de Austria.

En el Minho como en Alentejo, Portugal retrocede. La compra de tierras en la zona de Alqueva avanza a un ritmo que justifica el temor de que la represa —la mayor de Europa—, en vez de cumplir su función social, sea transformada en un gran lago turístico de colores españoles. Terratenientes e industriales españoles compran grandes fincas en la región para criar cerdos.

El proceso de capitulación viene de lejos. Se intensificó durante el gobierno de Guterres. Ahora Durao Barroso, con impudor, amplía las cesiones y ofrece a Aznar instrumentos que permiten a España crear condiciones ideales para transformar la hegemonía económica en nominación política.

La incapacidad de defender los intereses nacionales, incluso en la Unión Europea (al contrario de lo que hicieron y hacen Suecia, Dinamarca, Finlandia, Grecia y la misma España) se manifiesta de manera permanente en el diálogo con Madrid. Los españoles imponen su voluntad en las pescas, los ríos de frontera, los problemas ambientales. El acuerdo de Figueira da Foz para la implantación del llamado mercado ibérico de energía eléctrica nos ofrece el retrato de una política de vasallaje neocolonial.

¿Hacia dónde camina Portugal con tal política?

Irónicamente, un diario madrileño ya ha afirmado que Portugal es la provincia de España que menos dolor de cabeza provoca a Aznar.

No somos españoles

En la atmósfera podrida en que se mueven los partidos de la trilogía neoliberal —el PSD, el PP y el PS— la progresiva colonización de Portugal por el capital español no suscita obviamente aprehensiones. Ministros y diputados de esa derecha orgullosamente barnizada de europea (algunos con máscara socialista) garantizan que todo se haga en el ámbito de las reglas comunitarias, respetando el ordenamiento jurídico institucional de la UE.

Una minoría aspira incluso a que la integración luso-española se profundice en el terreno político. ¿Hasta dónde?

Todavía no se atreven a decirlo públicamente, pero en círculos de amigos, hay quienes retoman el discurso del iberismo, admitiendo como inevitable e incluso benéfica la desaparición de Portugal como estado plenamente soberano.

Como comunista, soy internacionalista. Pero no olvido que lo universal nace de lo particular. Me siento portugués y, como portugués, alentejano. Fue la lucha por la liberación de mi pueblo la que hizo de mí un revolucionario marxista y no a la inversa.

La crisis global de civilización que atravesamos confirma que el combate por un mundo diferente contra el monstruoso sistema de dominación imperial que amenaza a la humanidad pasa por la resistencia de los pueblos. La Revolución francesa no habría triunfado sin el profundo sentido de lo nacional que movilizó al pueblo contra la invasión extranjera. La Revolución cubana no hubiera podido avanzar y sobrevivir sin la conciencia de la cubanía de un pueblo que no acepta ser otra vez neocolonia de los EE.UU. En Iraq y Afganistán, hoy, en otro contexto histórico, son, finalmente, la identificación con herencias culturales acumuladas y la voluntad colectiva de construir el futuro, partiendo de valores propios —rechazando tutelas impuestas por invasores— las que explican la resistencia y movilizan a los pueblos de esos países contra los ocupantes extranjeros.

El sentido de lo nacional a que me refiero nada tiene de común con el nacionalismo reaccionario fascista que nosotros, portugueses, hemos conocido bien durante el consulado de Salazar, cuya huella ideológica está presente en el discurso de la actual extrema derecha de mi país.

El primero es humanista y fraterno; el segundo, agresivo, hegemónico y clasista.

Quiero subrayar que no confundo al pueblo de España con los políticos de Madrid y las transnacionales que emergen como responsables de la ofensiva actual que configura una amenaza a la identidad portuguesa.

Tengo una bisabuela andaluza y los grandes escritores y artistas del Siglo de Oro español influyeron mucho, en la juventud, en mi formación cultural. Mi amor por el mundo latinoamericano es indisoluble de una gran intimidad con la historia de España en el Nuevo Mundo, una historia dolorosa en la cual lo trágico y lo épico forman un todo inseparable.

La derecha portuguesa, aliada y cómplice de la madrileña, no oculta su indignación cuando, en defensa de los intereses nacionales y de la misma identidad, se oyen voces que alertan contra la colonización del país por el capital español. Cualquier crítica a ese proceso de penetración económica y cultural es denunciada como... reaccionaria.

Algunos epígonos del sistema llegan al colmo de considerar inoportunas y de mal gusto las referencias a la batalla de Aljubarrota.²

No me impresiona en lo más mínimo esa gritería. Como marxista no siento inhibición en recordar que la clase dominante española, esa sí anacrónica, fiel a la nostalgia imperial, no solo insiste en presentar como hazañas gloriosas matanzas como el genocidio de Tenochtitlán, en México, sino que siente una secreta frustración por la permanencia de Portugal como estado soberano.

No olvido que en el sexto centenario de la revolución de 1383-85, el general Vasco Gonçalves, ex primer ministro de la Revolución de abril, escribió sobre Aljubarrota —en un suplemento del periódico *O diário*— el más bello y lúcido artículo que conozco sobre el tema.

Al igual que ese gran portugués del siglo XX, pienso que la más importante lección de Aljubarrota no ha perdido actualidad.

Hoy, obviamente, es inimaginable un conflicto militar con España.

¿Qué significa entonces Aljubarrota, comprendida en los nuevos tiempos?

En primer lugar, que Portugal (y también Brasil) existen tal como son porque el pueblo portugués resistió, siguiendo un camino propio, rechazando la integración a Castilla. Los grandes viajes marítimos de los portugueses, la mayor contribución de mi pueblo al progreso de la humanidad, fueron una consecuencia indirecta de la victoriosa revolución del 83-85.

En segundo lugar, el levantamiento nacional tuvo éxito porque la traición de la nobleza (la caballería pesada portuguesa combatió al lado de Don Juan de Castilla) exigió la creación de un ejército improvisado, salido del pueblo.

Bolívar —odiado y calumniado por las oligarquías criollas— afirmaba que el ejército libertador era el pueblo en armas.

El ejército de Aljubarrota fue el pueblo portugués en armas.

Como Vasco Gonçalves, siento orgullo por el desarrollo de una revolución en la cual el pueblo tomó las armas para garantizar su derecho a la independencia, en una guerra justa.

No es por las armas que nos cabe hoy defender la identidad portuguesa. Son otros los tiempos y diferentes, en Europa, las formas ejemplo de firmeza, coherencia, coraje y lucidez de nuestros ancestros que hace seis siglos hicieron posible el desarrollo de una gran revolución democrática y nacional puede y debe ser un estímulo en la lucha contra la amenaza a la soberanía que acompaña a la colonización del país por el capital español.

Aquello que no fue posible por la fuerza de las armas lo intenta obtener ahora, por el poder del capital, la España de Aznar y de las transnacionales.

La resistencia a ese proyecto imperial se anuncia como uno de los mayores retos que el pueblo de Portugal enfrenta en este inicio del siglo XXI. ▀

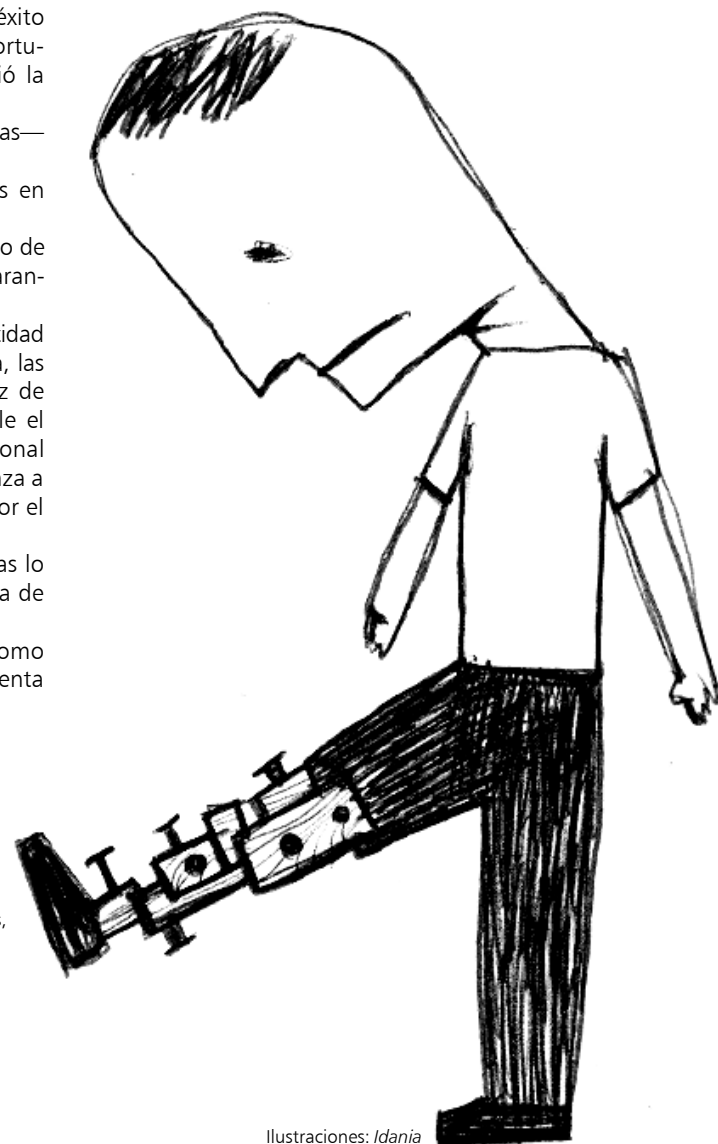
NOTAS:

(1) Actualmente Portugal es el quinto socio comercial de España. Las exportaciones de España a Portugal, casi inexistentes hace 20 años, exceden en valor la suma de todas sus exportaciones hacia América Latina (en revista *Visao*, Lisboa, 13-19 noviembre pp).

(2) En Aljubarrota, el ejército portugués, con 9 000 hombres, infligió una derrota aplastante al ejército invasor de Castilla, de cerca de 42 000 efectivos, destruyéndole como fuerza combatiente.

El original portugués de este artículo se encuentra en <http://resistir.info>
Traducción de Marla Muñoz.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n135_12/135_05.html



Ilustraciones: Idania

El médico forense del condado de Hamilton dijo el miércoles que la causa primaria de la muerte de Nathaniel Jones, un hombre de raza negra de 160 kilos de peso, fue el enfrentamiento violento con los agentes de la policía de Cincinnati que trataban de controlarlo, y sostuvo que su deceso debía constar como homicidio.

El doctor Carl Parrott dijo que la muerte de Jones «debe ser considerada como una consecuencia inmediata y directa, en parte, del enfrentamiento, además de su obesidad, una enfermedad del corazón e intoxicación con drogas».

Un nuevo video divulgado el martes mostraba a Jones bailando y marchando alrededor de un restaurante y en el aparcamiento del establecimiento comercial antes de que los policías acudieran al lugar.

El video, grabado desde dentro y fuera del restaurante White Castle, muestra a Nathaniel Jones saludando a un amigo dentro del establecimiento y luego bailando brevemente la madrugada del pasado domingo. Entonces, se le ve dirigirse hacia el estacionamiento donde siguió bailando y marchando como un soldado.

A continuación, pierde el conocimiento y cae al suelo. Los empleados del establecimiento de comida rápida llamaron a los paramédicos a las 5:45 a.m. hora local para informar del incidente.

El video también muestra otra vista del altercado violento con la policía y se ve a Jones abalanzarse sobre un oficial, tal como se pudo ver en la cinta grabada desde las cámaras de la patrulla policial.

Jones murió en el hospital poco después de que la policía respondiera golpeándolo y aporreándolo repetidamente con sus bastones de metal mientras intentaban inmovilizarlo para su detención.

Cinco de los policías que doblegaron a Jones, de 41 años, eran blancos y uno era negro. Jones estaba desarmado.

Un informe forense preliminar indicó que la causa de la muerte de Jones no había sido determinada, pero agregó que tenía trazas de cocaína y PCP —conocido también como «polvo de ángel»— en su organismo y que su corazón estaba dilatado. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2003/n135_12/elgranzoo.html



SOSTIENEN QUE PALIZA POLICIAL CAUSÓ MUERTE DE HOMBRE NEGRO EN CINCINNATI

CNN



Ilustración: David

A
SESINADO
a palos

En este pequeño volumen —*Cultura y neofascismo: Disidencias*— se recogen algunos textos publicados en diversas partes del mundo poco antes y después de la agresión a Iraq. Como sabemos, el proceso coincidió con las drásticas sanciones impuestas por nuestros tribunales a personas que incurrieron en delitos penados por las leyes, lo que sirvió de pretexto para lanzar una furiosa campaña de prensa contra la Revolución, en parte alimentada por sorpresivas declaraciones de compañeros y amigos.

La Editorial Ciencias Sociales ha querido inaugurar con este título la colección Consensos, denominación muy ajustada a sus propósitos porque se trata de eso, justamente, de ir creando sucesivos espacios de diálogo y de reflexión colectiva —primero entre nosotros y después en sectores intelectuales y mediáticos del mundo hispanohablante— en torno a problemas (o más bien, en torno a amenazas) que alcanzan dimensión universal en la medida en que se vinculan o responden a los intereses imperiales. El primer gran problema es ese, en realidad: que en el centro del mundo las fieras han tomado el poder y por tanto la ley de la selva se ha globalizado.

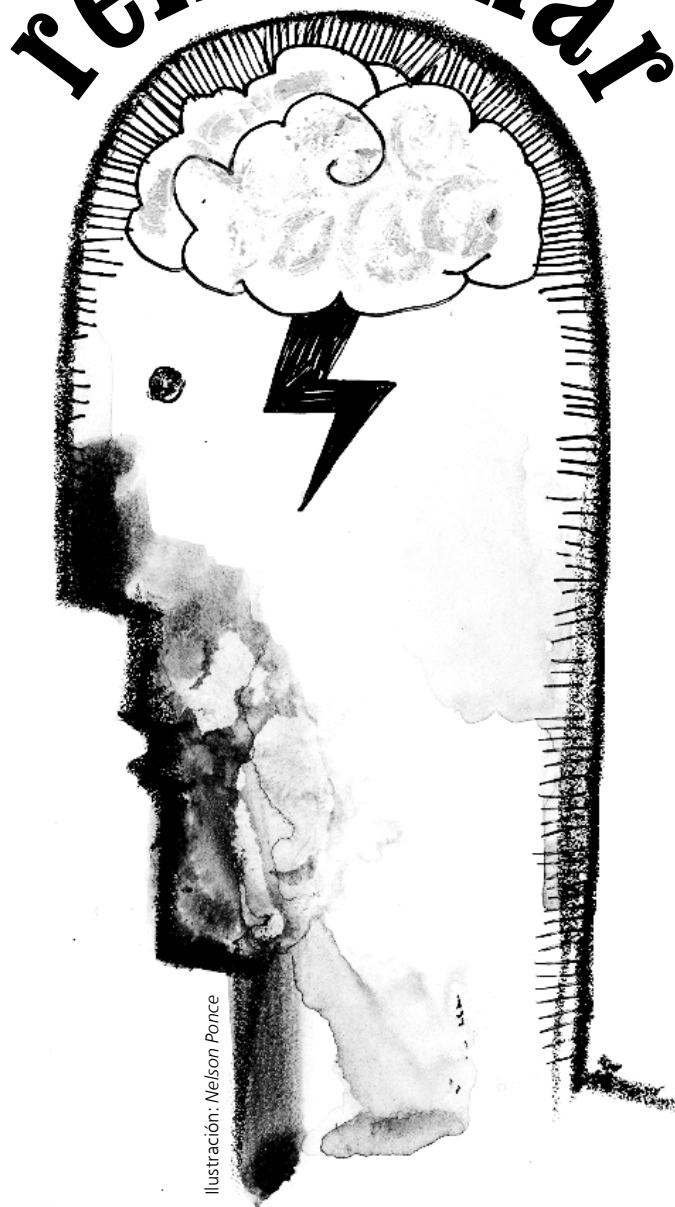
Como se indica en la introducción y señaló Iroel en su desafiante alegato, este volumen tiene un claro antecedente en *El mensaje del 11 de Septiembre*, editado también por Ciencias Sociales hace dos años. Se trata de una colección de textos —artículos periodísticos, en su mayoría— publicados en los dos meses posteriores a esa fecha, antes y después de la invasión a Afganistán. Estábamos seguros de que, leídos día tras día, de manera esporádica, esos textos no hubieran podido producir el impacto del libro porque en este los lectores tienen la posibilidad de percibir el comentario aislado como parte de una reflexión colectiva, donde las ideas de unos chocan, se superponen o se entrelazan con las demás para acabar formando un todo coherente. Lo que se descubría en el libro, que no se hubiera podido descubrir en la azarosa lectura de periódicos, revistas y mensajes electrónicos, era la existencia de estados de opinión que revelaban un alto nivel de desarrollo de la conciencia colectiva a propósito de ciertos temas de actualidad. Como dice la introducción ya citada: «La lectura sucesiva y sistemática aportaba niveles de significación que pasaban inadvertidos en la lectura ocasional», con lo que se cumplía una vez más el apotegma de Antonio Machado: «Lo que sabemos entre todos —eso es lo que no sabe nadie»..., una bonita manera de describir el famoso salto de la cantidad a la calidad.

Algo similar ocurre en *Cultura y neofascismo: Disidencias*, esta vez sobre la reacción suscitada en gran parte del mundo por la amenaza y la ejecución de la guerra de Iraq. A ello se suma la respuesta que intelectuales amigos, además de compañeros del patio —Arboleya, Martínez Heredia, Guadalupe Pérez Bravo, los incontables firmantes de declaraciones y manifiestos...— dieron, por un lado, a los ataques, y por el otro, a las críticas hechas a propósito de las medidas adoptadas en Cuba contra algunos secuestradores y contra los llamados disidentes. Es cierto que, como dijo entonces Saramago, el derecho a disentir es irrenunciable, pero no lo es menos que la trinchera no suele ser el sitio idóneo para practicar la democracia. Se puede estar o no de acuerdo —tanto dentro como fuera de Cuba— sobre la oportunidad o inoportunidad, la mesura o desmesura de ciertas medidas punitivas, pero sin olvidar que la Isla es una trinchera llena de disidentes del poder imperial que no pueden arriesgar la estabilidad —y, con esta, la existencia misma del proyecto revolucionario— en un simulacro de democracia que nos impida alcanzar algún día la total y verdadera democracia, que para nosotros se resume en el «con todos y para el bien de todos» del programa martiano. Vista desde esa perspectiva, por lo demás, hasta la gran democracia estadounidense nos parece un modelo indefendible, con sus «minorías» siempre marginadas, su Presidente no electo por la voluntad popular y esos vergonzosos conciliábulos donde se anulan de un plumazo acuerdos ya tomados por la mayoría de los senadores y representantes... lo que acabamos de ver hace apenas unas semanas.

Los temas abordados en *Cultura y neofascismo...* nos plantean la necesidad de una seria reflexión sobre el papel de los intelectuales en las sociedades contemporáneas, y digo intelectuales en sentido gramsciano, aquellos cuya función social se cumple en un terreno distinto al de los trabajadores manuales. En ese conjunto tan heterogéneo cabría destacar a los intelectuales que ahora, para distinguirlos de los académicos, se denominan mediáticos. En los sectores progresistas del mundo entero se está haciendo sentir, cada vez con más fuerza, la necesidad de un periodismo alternativo, puesto que hoy la circulación de noticias y de ideas está dominada por las transnacionales de la información y su paradójico proyecto, el del monólogo dialogado, el de la libre expresión del pensamiento único. Tal vez sea eso a lo que alude Ramonet cuando afirma que los medios de prensa burgueses no solo ejercen la censura suprimiendo sino, también acumulando información —atiborrándonos

Otra invitación a reflexionar

Ambrosio Fornet
Cuba



de información, podríamos decir—, de manera que ya no podamos distinguir la cáscara del grano, lo esencial de lo circunstancial.

No nos equivoquemos: ni los ángeles, al convocarnos con sus celestiales trompetas, son neutrales. No hay comunicación desinteresada; quien intenta comunicar es porque quiere persuadir. Toda exposición que involucre opiniones o ideas implica una invitación a adoptarlas como propias. La propaganda política y la publicidad comercial han llevado ese principio a su expresión más refinada o grotesca. Y no podemos sobrevalorar esos mecanismos de persuasión pero tampoco subestimarlos. Ahora bien, los pragmáticos de todos los bandos aseguran que, cualquiera que sea su naturaleza, esos mecanismos son legítimos siempre que demuestren su eficacia. Pero si uno, teniendo un mínimo de decencia, aspira a una comunicación eficaz, lo primero que debe preguntarse es si la comunicación es verídica, si el discurso que le sirve de soporte responde a una verdad incuestionable. Recuerdo una caricatura que vi en alguna parte, cuando ya la invasión a Iraq era inminente, en la que Collin Powell se retiraba satisfecho con una carretilla vacía, mientras dos muñequitos que representaban a Francia y Alemania aparecían sepultados bajo una montaña de papeles, las «pruebas» que Powell le había suministrado a las Naciones Unidas para demostrar el peligro que Saddam Hussein, con sus armas de destrucción masiva, representaba para la humanidad. Es decir, la mentira puede llegar a convertirse en chiste, y el chiste adquirir fuerza probatoria, cuando la comunicación se ejerce impunemente, sin tener que someterse a prueba. Si la mayoría del pueblo norteamericano dio como buena la farsa, no fue solo porque esta estuviera hábilmente formulada y orquestada, sino porque encajaba en un contexto sumamente receptivo, el creado por la sombra siniestra y evanescente de Osama Bin Laden. (Si ya vieron ustedes «Bolos para

Columbine», el documental de Michael Moore, sabrán lo que quiero decir: el miedo —precisamente porque tiene casi siempre una base irracional— es el mejor estimulante de la credulidad.)

Pero lo más interesante no es que fuera de los EE.UU. nadie creyera la mentira, sino que en los propios EE.UU. no todo el mundo la creyó. Eso es algo que queda suficientemente documentado en el libro que presentamos hoy. De hecho, el primero de los manifiestos que se reproducen ahí es «No en nuestro nombre», una declaración que cualquiera de nosotros hubiera podido suscribir. Lo mismo podría decirse de «Somos los patriotas», el artículo de Gore Vidal que abre el volumen. Y hasta del discurso del senador Robert Byrd, leído antes de la guerra en un pleno del Senado y que se publicó con el significativo título de «La verdad saldrá a flote». O sea, que no es posible engañar a todo el mundo ni siquiera una parte del tiempo, y esos miles, tal vez millones que no se dejaron engañar son aliados potenciales en nuestro empeño ideológico de llevar, a sectores cada vez más amplios de la población mundial, nuestra convicción de que un mundo mejor es posible. Eso hay que tenerlo muy en cuenta, porque los ciudadanos estadounidenses se hallan en situación de privilegio dentro del campo de batalla. Sobre esto, no resisto la tentación de citar un pasaje de la charla que la novelista india Arundhati Roy, autora de *El dios de las pequeñas cosas*, ofreció en Harlem hace seis meses. Una lucha como esta desborda las fronteras nacionales, dijo, pero si ha de triunfar tiene que empezar en EE.UU., porque aquí existe una institución más poderosa que el gobierno: la sociedad civil. Nosotros —añadió la novelista con pesar— «somos súbditos de naciones esclavas. De ninguna manera estamos desprovistos de poder, pero ustedes tienen el poder de la proximidad. Ustedes tienen acceso al Palacio Imperial, a los aposentos del Emperador», y llegado al caso «pueden negarse a pelear». Cabría añadir: «Y a votar por un mentiroso probado». Esa es la amenaza —junto a la que encarna la resistencia iraquí— que le quita el sueño al Emperador.

Un aspecto poco tratado del conflicto —incluido también en nuestra selección— es el impacto que la guerra y los saqueos subsiguientes tuvieron en la intelectualidad de la región, lo que se documenta vívidamente, a través de entrevistas, en el reportaje de Mouna Naim «El trauma de los intelectuales árabes». No voy a abrumarlos con una reseña de los dieciséis trabajos incluidos en el volumen —a algunos de los cuales ya hizo referencia Iroel en su presentación—, pero no puedo dejar de mencionar los de Alfonso Sastre y Héctor Díaz-Polanco, así como las muestras de solidaridad con Cuba. Los dos autores mencionados nos proponen, como ejercicio de la razón crítica, examinar ciertas nociones que se dan como verdades indiscutibles cuando de hecho no son más que estereotipos que solemos repetir —en el mejor de los casos— por simple pereza mental. Entre los manifiestos y declaraciones, que aquí aparecen como apéndices, merece destacarse como caso ejemplar «A la conciencia del mundo», un llamado que promovieron algunos intelectuales mexicanos encabezados por Pablo González Casanova, a quienes muy pronto se sumaron incontables personalidades de diversas partes del mundo —de América Latina en particular—, entre ellas cuatro premios Nobel.

Los promotores de la colección Consensos saben que «consenso» no quiere decir identidad de opiniones, sino identificación de objetivos comunes. *Cultura y neofascismo: Disidencias*, se propone contribuir al éxito de esa empresa, a esa búsqueda de solidaridades posibles. «A la ideología de la destrucción y el saqueo —dicen los editores— es preciso oponer, como una muralla de sensatez y decoro, la filosofía de la paz preventiva y el compromiso moral con las generaciones venideras». Lo que hacen los trabajos reunidos en este volumen es, simplemente, invitarnos a reflexionar juntos.

No solo el mundo, nosotros también, internamente, debiéramos practicar sin descanso el saludable ejercicio de la reflexión. Nuestros amigos nos defienden porque nos necesitan, es decir, necesitan saber que hay proyectos sociales alternativos, convencidos como están de que si Cuba no existiera habría que inventarla. Pues bien, Cuba existe, por suerte, pero eso no nos exime de reinventarla cada día, sabiendo como sabemos que no solo un mundo mejor, sino también una Cuba mejor es posible.

Solo me resta agradecerles la atención y recomendarles que se lean el libro de cabo a rabo. Les aseguro que no se van a arrepentir. ■

Palabras pronunciadas en la presentación del libro *Cultura y neofascismo: Disidencias* Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 2003.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n135_12/135_03.html

Al presentar un libro siempre hay gratitudes que ofrecer; se suele hablar de editores, correctores, de quien hizo la composición, del diseñador... En este caso, todos trabajaron rápido y bien, y aunque las dificultades para imprimirlo generaron algunos contratiempos, podemos disponer hoy de esta excelente selección, autoría de Ambrosio Fornet, editor y maestro de editores.

Pero en honor a la verdad nuestra gratitud debería extenderse, mucho menos cariñosa por supuesto, a los orquestadores y voceros de la más reciente campaña anticubana. Sin sus mentiras, sin sus calumnias, sin sus manipulaciones, este libro, así como varios de los trabajos que lo integran, no existiría.

Aún cuando este volumen dista mucho de recoger solo referencias a Cuba, todos los trabajos en él reunidos enfrentan las tesis enarboladas para cercarnos. En ellos no se habla ya, como sucedió en los años que siguieron a la debacle del llamado socialismo real, de «economía de mercado» para aludir al capitalismo, y a nuestro vecino del Norte se le llama claramente imperialismo. Los eufemismos han quedado atrás, quizás superados por una realidad demasiado terca para ser escondida bajo palabras que se le desajustan.

La nueva coyuntura tras el ascenso, a partir del 11 de septiembre de lo que algunos han llamado el IV Reich, ha estimulado el florecimiento de un pensamiento crítico, cuestionador y rebelde, al que las posibilidades abiertas por la existencia de Internet han creado un espacio cada vez mayor para interlocutores hastiados del «silencio de los corderos» en los grandes medios, que ignoran la creciente lucha social que protagonizan en las calles y plazas del mundo de hoy muchos esos mismos interlocutores, convertidos en combatientes contra la globalización neoliberal.

Así ha sucedido también con el más reciente intento de cercar a Cuba, luego del desconcierto inicial que provocó la marea desinformativa del coro monofónico entonado por los voceros de la ultraderecha, junto a los órganos oficiales y oficiosos de la socialdemocracia europea. Contra nosotros se combinó la amplificación en cadena de las opiniones críticas, basadas en la desinformación, la mentira, o la duda ingenua pero irresponsable, con el emplazamiento tramposo a cualquiera que se parara ante un micrófono. Al mismo tiempo se condenaba al silencio a las voces discrepantes, no importa que se llamaran Oscar Niemeyer, Ernesto Cardenal, Augusto Roa Bastos o Mario Benedetti. A aquellos que por su celebridad no podían ser acallados, se les insultaba y desautorizaba, como hicieron a Gabriel García Márquez o a Rigoberta Menchú.

Aparecieron entonces mensajes y llamamientos solidarios, que no pudieron ser silenciados, la verdad se fue abriendo paso, se impusieron los argumentos, las razones esgrimidas también por figuras como Pablo González Casanova, Atilio Borón, Heinz Dieterich, Héctor Díaz Polanco y Miguel Bonasso, junto a las de muchos cubanos, como los autores de parte de los textos incluidos en el libro que presentamos hoy: Fernando Martínez Heredia, Jesús Arboleya y Guadalupe Pérez Bravo; ellos constituyen solo una muestra pequeñísima de lo que varios compatriotas presentes en esta sala han dicho y escrito durante estos meses.

Para citar una estadística apresurada, que recoge lo publicado, solo en español de abril a junio, digamos que la «prensa libre» generó en ese período 48 trabajos de opinión contra Cuba, muy bien difundidos y pagados, a los que se opusieron en el mismo lapso 92 textos en espacios como *La Jornada*, *Rebelión* y *La Jiribilla* (68 de ellos escritos fuera de Cuba). Un frente, quizás urgente pero muy efectivo, se conformó favorecido por la exclusión de los grandes medios y sus espacios de opinión, más que por una concertación preconcebida. Quedó probado una vez más que cualquier intento de disenso en los medios del poder global, aunque sea

CULTURA Y NEOFASCISMO: DISIDENCIAS

matizado, presupone la censura y la manipulación. Lo ocurrido a Guillermo Rodríguez Rivera y Fernando Martínez Heredia, con un periódico europeo que se vende como de izquierda, no deja lugar a dudas.

A los dadivosos pagadores de la mentira les agradecemos además nuestro reencuentro con viejos amigos, pero también con nuevos análisis para defender a Cuba y entender el mundo de hoy, para, como pedía Marx en sus tesis sobre Feuerbach, contribuir a transformarlo. Por eso, en este libro está Edward Said, un grande del pensamiento mundial, fallecido recientemente, junto a lúcidos análisis de Samir Amin, Arundhati Roy y Gore Vidal, entre otros que se sublevan desde la inteligencia contra la guerra imperialista y las mentiras inventadas para justificarla. Tras las páginas de este libro subyace aquella pregunta, para algunos incómoda, formulada por Bertolt Brecht: «¿De qué sirve decir la verdad sobre el fascismo —que se condena— si no se dice nada contra el capitalismo que lo origina?».

Este volumen viene a sumarse a otro también preparado por Ambrosio Fornet: *El mensaje del 11 de septiembre*, que vio la luz en enero de 2002, y con él se inicia la colección Consensos, de la Editorial Ciencias Sociales.

La circulación de este tipo de materiales entre nosotros ha crecido en los últimos años, en los que al aporte que venían realizando revistas como *Temas*, *Contracorriente*, *Casa de las Américas*, *Marx Ahora* y *Criterios*, se incorporó la existencia, primero en Internet y desde mediados de este año en su edición de papel, de *La Jiribilla*, en cuya sección «Cuba Defendida» aparecieron parte de los textos recogidos en este volumen. Ha sido un proceso también estimulado por la asistencia a nuestras últimas ferias del libro de figuras como Ignacio Ramonet, Susan Georges, Piero Gleijeses, Luis Britto, James Petras y Frances Stonor Saunders, autores de importantes textos sobre estos temas de la información, la historia, y la confrontación en el terreno de las ideas, así como por dos recientes congresos efectuados en La Habana: Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI y la Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales que concitaron la presencia en nuestro país de algunos de los más brillantes pensadores del mundo contemporáneo.

Subrayo el hecho de que desde junio acá se ha producido el mayor flujo de intelectuales a Cuba en muchos años: de Roa Bastos a Costa-Gavras, pasando por Thiago de Mello, Ernesto Cardenal y Gabriel García Márquez, entre otros. Nos visitó por primera vez Noam Chomsky, quien afirmó, durante la presentación de la edición cubana de una selección de sus textos que ningún país ha hecho tanto por otros como Cuba, y el subcomandante Marcos acaba de declarar en

su mensaje al encuentro «En defensa de la Humanidad» que «se dice Cuba y se dice dignidad». Aún esperamos por ver esos titulares en los periódicos del primer mundo.

Especial atención debiera merecer entre nuestros visitantes Alfonso Sastre, víctima del silencio increíble pero cierto de la prensa ibérica, y de la censura de los teatros españoles, que con 271 piezas estrenadas en el 2002 no tuvieron espacio para ninguna obra del más grande dramaturgo vivo de la lengua castellana. Nos sorprende, porque tratándose de un verdadero disidente, las embajadas europeas en Madrid no lo invitan a sus recepciones, ni los corresponsales extranjeros allí solicitan diariamente su opinión sobre el acontecer político de su país. Es curioso que para la gran prensa no existan los disidentes en el capitalismo, el 60% de las personas que viven en la pobreza en América Latina no son disidentes, aunque cuando protesten se les asesine por decenas como acaba de ocurrir en Bolivia. Si el que protesta es un intelectual, se le compra o se le silencia, y para el que se rebelde contra ese estado de cosas, como ha hecho Sastre, además del silencio está la criminalización. Alfonso Sastre está presente en este título con un texto fundamental: «Los intelectuales y la práctica».

De modo que los fabricantes del aislamiento de la Revolución deben ser felicitados, no solo por la visita furtiva que acaba de hacer su Comandante en jefe a Iraq para trabajar de camarero, sino también por el fracaso estrepitoso de su última orgía publicitaria contra Cuba. Para comprobarlo recordemos solamente que en medio de la inundación mediática, Fidel viajó a Argentina y fue recibido apoteósicamente por las multitudes, igual acaba de suceder con los cubanos presentes en la Cumbre Iberoamericana de Bolivia. Esto, por cotidiano, pudiera pasar inadvertido, si no fuera porque esos mismos medios nos muestran todos los días a los jefes que en este mundo son, protegiéndose de la ira de las multitudes.

Mientras tanto, acaban de suceder dos cosas demasiado reveladoras para ser noticia, como que el presidente W. Bush escoja, para presentar su plan de democratización mundial, la National Endowment for Democracy (NED), fundada por Oliver North de la mano de Ronald Reagan como parte de la guerra sucia contra la Nicaragua sandinista —remember Irangate— que es una de las principales financistas de sus empleados «independientes» en Cuba, y también de la revista que lanzó el manifiesto más publicitado por la campaña anticubana, o que una diplomática española radicada en La Habana sea sorprendida con diez mil dólares en el aeropuerto de Miami, cuando regresaba a la Isla luego de reunirse con los cabecillas de la contrarrevolución. A estas alturas no reclamaría los titulares, pero sí al menos una sencillísima pregunta fruto de la más pura curiosidad periodística: ¿Para quién era el dinero?

En fin, que sin esa ola de mentiras, omisiones y verdades a medias, no hubiéramos renovado y profundizado a tanta velocidad nuestros argumentos, fortalecido e incrementado nuestras alianzas, y como parte de todo ello, no tendríamos esta magnífica selección preparada por Pocho, a quien de inmediato entregó el uso de la palabra. ■

Palabras pronunciadas por el Presidente del Instituto Cubano del Libro en el lanzamiento del libro *Cultura y neofascismo: Disidencias*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 2003.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n135_12/135_02.html



Iroel Sánchez
Cuba

«¿De qué sirve decir la verdad sobre el fascismo —que se condena— si no se dice nada contra el capitalismo que lo origina?».

Bertolt Brecht

Ilustración: Nelson Ponce

Ignacio Ramonet
España

cumbre



digital

Bajo los auspicios de la ONU y de la Unión Internacional de las Telecomunicaciones (UIT), empieza hoy en Ginebra la primera Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (www.wsis-cs.org), con un objetivo preciso: reducir la fractura digital, ese abismo que separa a los países altamente equipados en informática y electrónica de aquellos que aún están en la prehistoria de Internet.

Recordemos algunas cifras: más de dos mil millones de personas —un tercio de la humanidad— no disponen de electricidad; cuatro de cada cinco habitantes del planeta no han utilizado jamás un teléfono (existen más líneas telefónicas en el barrio de Manhattan, en Nueva York, que en toda el África subsahariana); más del 90% de nuestros contemporáneos nunca navegaron por Internet.

En una sociedad del conocimiento y del saber como la nuestra, estas carencias resultan fatales y contribuyen a mantener el retraso de muchos países pobres. Por eso, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha insistido en que una de las maneras de combatir el atraso y la pobreza consiste en reducir esta fractura; con un progreso ideal, debería desaparecer de aquí al 2013.

La Cumbre de Ginebra, en la que yo intervengo esta misma tarde, tratará de insistir en la necesaria cooperación internacional y la indispensable solidaridad electrónica entre los pueblos. La declaración final, que se publicará el viernes 12, irá firmada por los 191 estados miembros de la ONU y tendrá valor de solemne compromiso internacional. Constituirá una especie de Carta magna de la sociedad de la información y propondrá un programa de acción que deberá ser puesto en práctica en los dos años venideros.

La preparación de esta Cumbre de Ginebra ha dado lugar a enfrentamientos homéricos entre estados, empresas y ciudadanos. Fueron necesarias tres conferencias preparatorias para allanar en parte las profundas divergencias entre ellos. Los problemas surgieron como consecuencia de que, por primera vez, una cumbre de la ONU convoca, con igual derecho, no solo a estados, sino también a actores privados (empresas y ciudadanos) cuyas proposiciones escandalizan a algunos gobiernos.

Cinco discrepancias centrales deberán resolverse. Primero, la cuestión del fondo de solidaridad destinado a ayudar a los países en desarrollo a equiparse de infraestructuras de comunicación. Muchos estados pobres están dispuestos a permitir que estas infraestructuras sean instaladas por empresas privadas que podrán explotarlas luego y sacarles todo el beneficio que quieran. Las ONG se oponen y denuncian un neocolonialismo digital que agravará, dicen, la fractura tecnológica entre ricos y pobres.

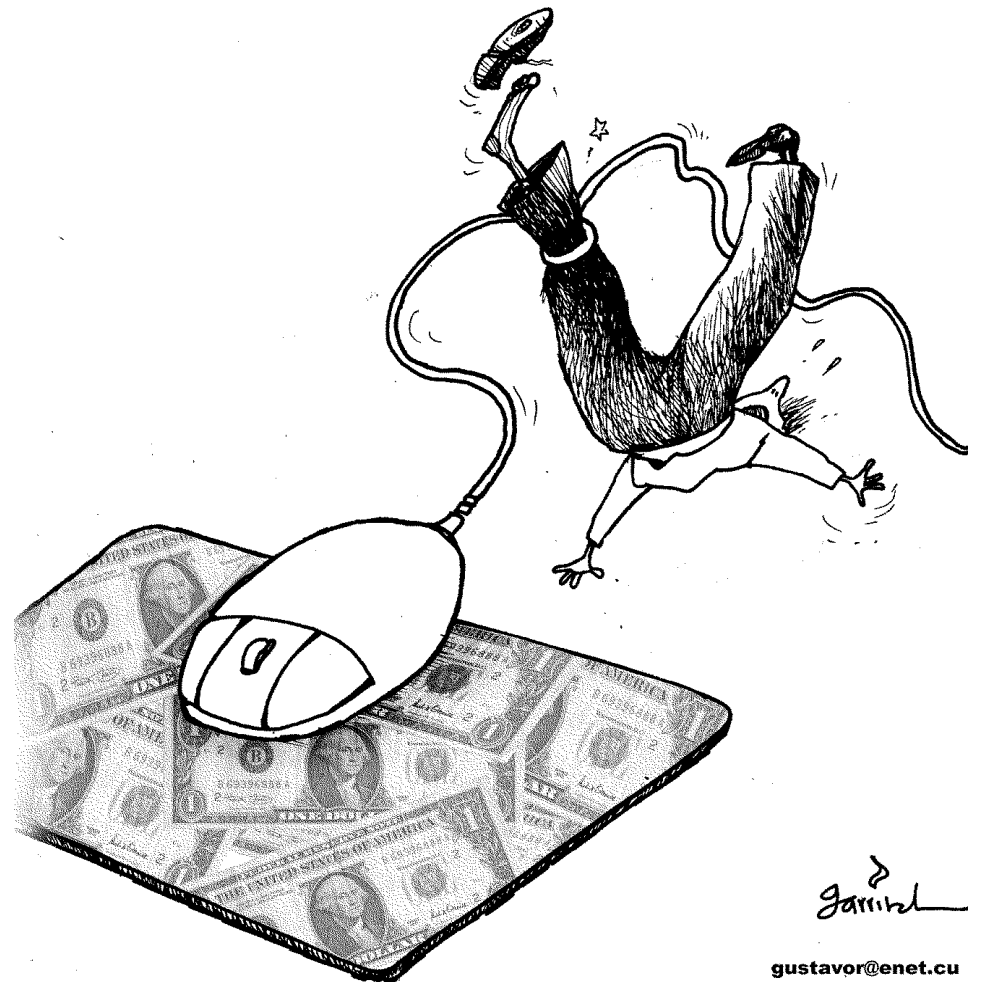
Segundo, los derechos humanos. Se trata de obtener que, en el preámbulo de la declaración final, todos acepten que la comunicación sea considerada como un derecho del ser humano, y que se formule que cada ciudadano tiene derecho de ser emisor y no solo receptor de informaciones.

Tercero, el control de las redes de información y de comunicación. Lo que, en la jerga de los internautas, se llama la egobernancia y que concierne sobre todo a Internet. Hoy Internet está controlado por una autoridad privada, el ICANN, proclamada por los EE.UU., y muchos países desean que una red de comunicación y de saber tan fundamental como Internet esté bajo el control internacional de la ONU o de la UIT.

Cuarto, el problema de las libertades públicas. En el ambiente securitario actual, muchos gobiernos no respetan la vida privada de los usuarios y a través de las redes electrónicas vigilan a sus ciudadanos. Las ONG denuncian esta situación que se agravó después de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Y quinto, la cuestión de la propiedad intelectual. Los estados quieren que este problema se trate en el seno de la Organización Mundial de Comercio (OMC). Los ciudadanos replican que, como la cultura, la comunicación y la información no son solo mercancías.

Los debates se anuncian tremendos. Está en juego una sociedad de la información más justa. Y un mundo tecnológicamente más solidario. ▀



Garibay
gustavor@enet.cu

Jefe de Redacción:
Nirma Acosta
Diseño:
Eduardo Sarmiento
Darien Sánchez
Ilustraciones:
Camaleón



Realización:
Isel Barroso
Webmasters:
René Hernández
Janios Menéndez
Corrección:
Odalys Borrell
Grechel Calzadilla

Consejo de Redacción:
Manuel H. Lagarde
Julio C. Guanche
Rogelio Riverón
Bladimir Zamora
Omar Valiño
Joel del Río
Daniel García
Ernesto Sierra
Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly #14 esq. Tacón, La Habana Vieja.
☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00
www.lajiribilla.cubaweb.cu www.lajiribilla.cu
Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma

